



M. Dolores Esteban Cerezo

Lola Rivas Cherif

La mujer fuerte del presidente de la República

DYKINSON

LOLA RIVAS CHERIF
La mujer fuerte del presidente de la República

Motivo de cubierta: fotografía publicada en Estampa. Revista gráfica, núm. 245, 17 septiembre 1932.

Extravagantes, 34
ISSN: 2660-8693

© 2025 M. Dolores Esteban Cerezo

Editorial Dykinson
c/ Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid
Tlf. (+34) 91 544 28 46
E-mail: info@dykinson.com
<http://www.dykinson.com>

Preimpresión: TALLERONCE

ISBN: 978-84-1070-971-3

Versión electrónica disponible en e-Archivo
<https://hdl.handle.net/10016/45340>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 España

LOLA RIVAS CHERIF
La mujer fuerte del presidente de la República

M. Dolores Esteban Cerezo
ORCID 0000-0002-7166-0140

DYKINSON
2025

SUMARIO

I. Introducción	9
II. La infancia y juventud de Lola Rivas Cherif	12
III. De Lola Rivas a Lola Azaña	21
IV. Colaboración durante la primera etapa de la II República	25
V. Los sucesos de Barcelona. Lola “mujer fuerte”	30
VI. El apoyo durante la Guerra Civil Española	32
VII. En el exilio francés	44
VIII. La muerte de Azaña. “Se me romperá el corazón”	47
IX. Doña Lola en México. “Pobre Manolo ¡no lo olvidéis!”	61
X. El camino a la reconciliación	66
XI. Epílogo. Un discreto, pero fundamental, segundo plano	69
Bibliografía	71

INTRODUCCIÓN

Desde hace años, la admiración y el estudio por la figura de Azaña ha ido en aumento. Biografías, testimonios de quienes le conocieron o parientes de quienes tuvieron la fortuna de estar con él sacan a la luz, recuerdos humanos y políticos del presidente de la II República Española. Su talla política y sus escritos son referencia constante en los últimos años.

Azaña estuvo acompañado desde 1929 hasta su muerte en 1940 por Lola Rivas Cherif. Una mujer que provenía de una familia asentada en Madrid, de clase media-alta, liberal y de raíces católicas profundas donde se respiraba un ambiente cultural alto.

A través de su hermano mayor, Cipriano, conoció y se enamoró de Azaña, veinticuatro años mayor que ella. Y no se separó de él ni en los peores momentos de su vida. Con su marido vivió la proclamación de la II República, la Sanjurjada, la sublevación militar y posterior guerra civil, y el peor de los episodios, el exilio a una Francia ocupada por los nazis.

Como tantas otras mujeres no acudió a la universidad. Habría sido de las primeras de su clase pues, en su vida, dio señales de inteligencia y buena pluma. Se podría decir de ella que se convirtió en una intelectual –y además, comprometida– sin pasar por la universidad, de modo autodidacta. Las fuentes consultadas para esta biografía dan buena muestra de esto. Gracias al Fondo Documental de Santos Martínez Saura que se encuentra en la Asociación Manuel Azaña, se han podido consultar más de una decena de cartas escritas por Lola –al morir su marido– y dirigidas al secretario de Azaña que residía en México. También ha resultado fundamental para el estudio de su biografía las fuentes procedentes del Archivo Histórico Nacional, del Centro Documental de Memoria Histórica de Salamanca, así como el Archivo Histórico de la Nación, de México. También han resultado de enorme utilidad, para esclarecer el contexto, el Fondo Documental Ernestina de Champourcin que se encuentra depositado en la Universidad de Navarra, el Archivo General de la Administración, así como las cartas y fuentes primarias que se encuentran en la Biblioteca Nacional. Obviamente todo el estudio se apoya en las *Obras completas* de Azaña, en *El retrato de un desconocido* de Cipriano y los testimonios de quienes conocieron de cerca a Lola y a don Manuel, como Josefina Carabias.

A lo largo de la narración hay dos preguntas que subyacen y que la autora se ha hecho con frecuencia: ¿Habría sido Azaña el mismo sin el apoyo incondicional de Lola? Posiblemente sí, pero, como se verá, en muchos momentos don Manuel se refiere a ella como la mujer fuerte que lo sostiene. Y es que este es el principal don de Lola: su fortaleza, su valentía y la admiración hacia su marido, que la acompañaron toda su vida.

Como ella decía en una entrevista concedida a RTVE: “A mi todo lo que hacía mi marido me parecía bien” y así era, un apoyo sin igual cuando él fue arrinconado, o perseguido o hecho prisionero.

La figura de Lola ha permanecido en un segundo plano en términos públicos, pero jugó un papel crucial como apoyo personal y emocional para Azaña durante sus años más críticos. Dolores Rivas Cherif mantuvo un perfil bajo durante su exilio, pero su dedicación a la memoria de Manuel Azaña y su discreción en momentos de adversidad la convirtieron en una figura simbólica para la diáspora republicana. Su vida representa el compromiso silencioso con los valores democráticos y el testimonio de las consecuencias humanas del exilio político.

Y la segunda cuestión: ¿Habríamos recibido el legado de Azaña sin ella? La respuesta es clara: no, imposible. Ella preservó, cuidó y difundió su legado, con la ayuda de su hermano Cipriano una vez que este quedó libre de prisión. Gracias a ella, conocemos detalles importantes y discursos clave, como el de *Paz, piedad y perdón* del 18 de julio de 1938. Sobre todo, Lola nos permite acercarnos a la cara humana de Azaña.

A lo largo de esta breve biografía se irán conociendo las relaciones familiares y de amistades de Lola, como Ernestina de Champourcin, Santos Martínez, José Giral y Felipe Gómez-Pallete entre otros. Obviamente, al tratarse de una semblanza de Lola, no de don Manuel, se narrarán y evocarán los detalles de su vida juntos y otros aspectos, más referidos a la trayectoria de Azaña, se pasarán por encima para centrarse en la figura esencial de estas páginas.

También nos acercamos en estas hojas a una mujer con una enorme sensibilidad por la infancia, ayudando en guarderías desde la República a la guerra civil; pagando la sepultura de quien, en un momento de desesperación, se quitó la vida o arriesgando su seguridad por su marido.

En el caso de Lola, sus profundas convicciones religiosas y su práctica constante la acompañaron a lo largo de su vida. Lola vive una fe intimista, de la que no hizo alarde, pero de la que tampoco renegó y que siempre fue

respetada por su marido. Entre los dos siempre hubo una afinidad ideológica sin fisuras.

Durante los años de la transición se convirtió en una figura de conciliación. Emilio Casiello, embajador en México, la describió como alguien que supo en todo momento reconvertir la dificultad, asumiéndola en dignidad sobria y apacible. Con comprensión llenaba sus relatos y recursos, lúcidos y detallados, siempre envueltos en un candor amable y dulce.

Por todo lo expuesto anteriormente, Lola Rivas Cherif, más conocida como Lola Azaña, requería una biografía que visibilizara a la mujer del presidente de la II República Española.

*
* *

Este libro no hubiera salido a la luz sin la ayuda de Manuel Martínez Neira, a quien agradezco su interés en publicar esta biografía, y el apoyo incondicional de Onésimo Díaz. Agradezco a la Asociación Manuel Azaña y a su presidente, Isabelo Herrero, su cooperación.

II

LA INFANCIA Y JUVENTUD DE LOLA RIVAS CHERIF

Una fría mañana, nació en Madrid Dolores Rivas Cherif, conocida por todos como Lola. Era el 20 de febrero de 1904. En España, reinaba desde hacía escasos dos años el rey Alfonso XIII y en el gobierno se encontraba Maura, líder conservador, quien lo fue por poco tiempo, pues un enfrentamiento con el monarca le llevaría, meses después, a presentar su dimisión. Desde hacía tiempo el turno de partidos no funcionaba en el país y, aunque técnicamente se turnaban para gobernar, la crisis era evidente y no tardó en estallar.

En esa España monárquica, había quienes no simpatizaba con la Corona. Eran personas que se les llamaba: liberales. Muchos de ellos se habían formados en los círculos de la Institución Libre de Enseñanza, o leían a los librepensadores y creían en una España más avanzada y mejor, posiblemente con otro sistema. Uno de estos librepensadores era el padre de Lola, Mateo de Rivas Cuadrillero. Había estudiado Derecho, en la Universidad Central de Madrid y ejercía como abogado¹. Era hijo de Cipriano de Rivas Díez, un terrateniente natural de Villalba de los Alcores (Valladolid), quien en 1860 adquirió diversas propiedades en la localidad de Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen. Entre dichas posesiones se incluían la finca *La Esperanza*, un castillo, la iglesia románica de Santa María y una casona cercana a la plaza. Este lugar, caracterizado por la tranquilidad y el encanto de Castilla, era frecuentado por la familia durante los largos periodos estivales.

En Madrid, Mateo conoció a Susana Cherif Iznart con quien contrajo matrimonio y tuvieron diez hijos, de los que solo sobrevivieron cuatro: Cipriano, Manolo, Adelaida y Lola. El mayor era Cipriano, que había nacido en 1891 y la menor Lola.

De su madre, Susana Cherif, se dispone de pocos datos. Se sabe que provenía de una familia de alcurnia mallorquina y que se distinguía por su profunda piedad. La infancia y adolescencia de Lola transcurrieron entre Madrid, donde residía en el barrio de Salamanca, y los veraneos prolongados en Villalba de los Alcores. La residencia familiar en la capital varió a lo largo del tiempo, según las fuentes recogidas, pero siempre se trató de viviendas amplias, que

¹ Expediente personal del Colegiado Mateo Rivas Cuadrillero. Caja 213. Archivo Histórico Ilustre Colegio de Abogados de Madrid, 1.1 Exp. 6805.

incluían la consulta oftalmológica de Manuel (1894-1966), su hermano, y un servicio doméstico compuesto por tres doncellas².

Siempre fue una mujer de baja estatura, menuda, rubia y de ojos azules. De nariz recta y boca mediana y risueña. De su figura emanó siempre dulzura y delicadeza.

Estudió en el colegio de Santa Genoveva, ubicado en la calle de la Salud de Madrid. Una institución, laica, pero de inspiración católica, conocida por la importancia que le daba al desarrollo musical y al estudio de la lengua francesa. Desde entonces practicó el francés y lo llegó a hablar muy bien, lo que le fue de utilidad en su exilio en el país vecino en 1939. Coincidió en el colegio con Concha Méndez, con quien más tarde volvió a encontrarse en el Lyceum Club Femenino durante los años de la República.

En su casa poseían una amplia biblioteca y desde pequeños se les llevaba al teatro. Era una familia culta y cultivada en las artes.

En 1914, cuando Lola cumplió diez años, falleció su hermana María, tres años mayor que ella. Seis años después, perdió a otro hermano, Ramón, de dieciocho años a causa de la tuberculosis. Lola estaba particularmente encariñada con Ramón porque iban seguidos y él era un año mayor que ella. Debido al contagio, decidió la familia confinar a Ramón en la mejor habitación que tenían en la casa. Lola, a quien no le dejaban verlo, no quiso que se muriera sin despedirse de ella, y acudió a cuidarlo en secreto. Sin embargo, nada más entrar en la habitación, cayó desplomada en el suelo del impacto que le provocó ver el estado en el que se encontraba su hermano (Rivas, 1980:105-106).

Durante el tiempo que duró la enfermedad de Ramón, Azaña visitó con frecuencia a la familia para interesarse por el enfermo y acompañarlos. Cipriano lo definió –a su amigo– como alguien “sensible en extremo” (Rivas, 1980: 106). Esta sensibilidad grande por los desvalidos fue un sentimiento que caracterizó la vida y las conversaciones de don Manuel y, también, de Lola.

Cipriano relató a Azaña la valentía de Lola yendo a ver a Ramón enfermo. Una noche, estaban los dos amigos hablando en la habitación contigua al moribundo y entró hecha un mar de lágrimas Susana, la madre, exclamando: “¡No puedo más!” pensando que solo estaba su hijo. Al descubrir la presencia de Azaña en su casa, en vez de invitarle a dejarlos solos, le dijo: “No se marche Vd.; usted es de la casa” (Rivas, 1980: 107). Esta anécdota pone de manifiesto

2 Registro Censo Municipal, Padrón 1910-1920. Mateo Rivas Cherif cabeza de familia de Lola Rivas.

la cercanía de Azaña con los Rivas Cherif. Otra muestra de esta familiaridad eran las bromas que Azaña le gastaba a Lola, ya que el vecino de su casa, el carlista Vázquez Mella, había hecho buenas migas con ella y demostraba, de *forma inocente*, su gusto por su compañía. Esto despertó -además- en Azaña ciertos celos, que lo llevaron a apresurarse para conquistar a Lola. Tras el fallecimiento de Ramón, la familia al completo decidió mudarse del domicilio de la calle Paseo del Prado al barrio de Prosperidad. Eligieron una quinta que gozaba de aire fresco y tenía el campo cerca, en busca de una vivienda más salubre, siguiendo el consejo del médico.

Ese verano, buscaron toda la familia un cambio de aires y decidieron pasar una temporada larga en Valladolid. Desde que había fallecido María, la familia no había vuelto a la finca vallisoletana de Villalba de los Alcores. Cipriano agradecido por su cercanía de su amigo Azaña le animó a pasar unos días con ellos. Para lograr su plan, Cipriano le pidió a su padre que lo invitara. Mateo decidió escribir a Azaña en verso, en nombre de la pequeña de la casa, a quien esta broma paternal no le hizo gracia. Azaña respondió afirmativamente a la invitación a Lola con unas rimas humorísticas que reflejaban su estilo ingenioso:

A su alteza cherifana señora de horca y cuchillo
que me invita a su castillo
de la estepa castellana
contesto carta sin ripios
que acepto de corazón
su graciosa invitación
pues soy hombre de principios.
Dejo que la suerte corra
que en tiempos de tanto apuro
es el modo más seguro
de vivir, vivir de gorra.
Más digo al aceptar mis condiciones
por prevenir el mal de un desengaño
ya padecido en ocasiones
y no vaya a resultar hogaño.
Yo no bailo, no canto, no hago chistes.
Aunque el genio en el cuerpo me retoza
estoy catalogado entre los tristes.
Para la gente moza
soy funesto ciprés o fraile o cura
y en general procuran

arrancarme de sí como los chinches
(Juliá, 2008: 209).

Pasó con la familia dos semanas aliviando su duelo. En seguida, puso la atención en la benjamina de la casa. Había algo de su naturalidad, sencillez e inteligencia despierta que arrancaba al político una sonrisa y una sensación de bienestar. Esta era veinticuatro años más joven que Azaña y la diferencia de edad se notaba. Estando en Valladolid, un día, influyeron que seguía a su coche un hombre a caballo. Lola sintió miedo y preguntó en voz alta: “¿Será algún bandido?”, cuando en realidad se trataba del guarda de la casa que llevaba un objeto para entregar a su padre. Azaña rememoró muchas veces este comentario de Lola por la evocación romántica del mismo (Rivas, 1980: 109).

Continuó don Manuel frecuentando el hogar de los Rivas. Era uno más de la familia, querido y apreciado por todos. Debido a su orfandad, Susana –la madre de Lola– le invitaba a pasar la Nochebuena con la familia (Rivas, 1980:650). Y con el trato, comenzó a enamorarse más de Lola. Le parecía una persona de carácter dulce, discreto, sufriente, valiente y sereno. Además, desde joven daba muestras de saber lo que quería. A Lola, no le asustaba el porte adusto de Azaña, y supo ver, desde el inicio, detrás de esa figura seria y melancólica, a un hombre con un corazón lleno de buenos sentimientos (Carabias, 1980: 24).

En 1925, Azaña acababa de ganar el premio nacional de Literatura por la edición, prólogo y notas a la novela de Juan Valera *Pepita Jiménez*. El texto presentaba una semblanza notable no solo de Pepita, sino también del autor, Juan Valera y Alcalá-Galiano. Las coincidencias biográficas entre Valera y Azaña fueron destacadas por el historiador Ramón Oliveira, quien subrayó los paralelismos existentes entre ambos personajes. Es importante destacar que, su admirado Juan Valera, era también un hombre *otoñal*, como se les llamaba entonces, y que en la cuarentena contrajo matrimonio con una joven de veintitantos años, curiosamente, también llamada, Dolores. Este detalle añadió un nivel adicional de paralelismo entre la vida de Valera y los aspectos biográficos resaltados en la obra de Azaña (Peña, 1995: 27).

Además, para esa fecha, Azaña se encontraba en plena efervescencia política con la fundación de Acción Republicana. Acudió a casa de Cipriano, como tantas veces, para pedirle si sus hermanas –Lola y Adelaida, y también su madre– si le podían ayudar a sellar y ensobrar panfletos políticos. La pequeña de la familia se quejó en algún momento de aquel trabajo. Esa ocasión, siempre era aprovechada por Azaña, para gastarle la broma de que no le gustaba ha-

cerlo “porque ella es carlista”, refiriéndose a simpatía hacia su antiguo vecino, Vázquez Mella (Rivas, 1980: 132). Estas bromas evidenciaban la complicidad entre los dos desde muy pronto.

Al año siguiente, algo le había contado Azaña –a su amigo Cipriano– de su admiración por la joven Dolores, a juzgar por la siguiente carta en la que se interpreta que Cipriano intentaba “quitarle” esa idea de su cabeza. Azaña le respondió el 24 de septiembre en estos términos:

No sé cómo te atreves a decir [...] que no envió más que postales, generalizadas a la intención familiar. Relaciono esa intención tuya con otra frase tuya: que quisieras desengañarme de un capricho actual. No necesitas desengañarme. Ya lo estoy, por quien mejor podía hacerlo [...] más que nada traté de cerciorarme de lo que yo imaginaba que había de suceder lógicamente, y si me aventuré a descubrir un secreto fue por la reacción deliberada contra la timidez y para que no me quedase remordimiento o la incertidumbre de haber renunciado a una ocasión tan singular. [...]. Mi propósito era contra el buen sentido, y no dejaba yo de conocerlo. [...] Pero ¿qué quieres? A veces se le ocurre a uno buscar objeto en que emplear una porción de sentimientos vacantes o, si lo prefieres, de debilidades (Rivas, 1991:51-52).

Apenas transcurridos diez días, el 3 de octubre, Azaña volvió a la carga con Cipriano por carta, a la que éste debió de contestar pidiéndole disculpas por su anterior franqueza, pues no lo veía claro, y Azaña le respondió con estas palabras:

Tampoco necesitas pedirme perdón por haber tratado de desengañarme con mi aventura sentimental. [...] No me ha parecido mal que toques el asunto, ni me he enfadado por el desengaño innecesario. Era innecesario en cuanto a la posibilidad de mis planes insensatos, pero en lo restante, en el fondo, sigo tan gustosamente engañado como antes. Y puesto que no hay, al parecer, riesgo alguno de tener que arrepentirme algún día, me divierto inventando lo que no ha de ser, y hasta lo que, en opinión tuya, no es, a pesar de las apariencias (Rivas, 1991: 58).

Alguna muestra de complicidad debía de dar Lola a tenor de estas últimas palabras de Azaña sobre las apariencias. Muestra de este entendimiento mutuo, fueron las palabras que, Azaña, escribió en sus diarios un año después, el 2 de mayo de 1927: “Tú posees, pequeña, una varita para hacer que brote un raudal de un *vieux coeur*. Viejo y todavía ansioso, quimérico” (Juliá, 2008: 225).

La periodista Josefa Carabias, que por aquel entonces realizó alguna entrevista a Azaña, recordaba a Lola así:

Era su mujer, veinticuatro años menor que Azaña. Pero la diferencia se hacía aún más visible, porque mientras ella aparentaba menos edad de la que tenía, él aparentaba más. Rubia, llenita, con melena muy corta, escasamente maquillada –a pesar de que la moda de entonces era llevar los labios, ojos y mejillas cargados de pintura– vestida con elegancia, generalmente con tonos claros, pero absolutamente nada llamativa, Lolita daba joven a pesar de ir siempre muy de señora. [...] Lolita Rivas no abandonó nunca el sombrero para la calle ni siquiera en los años de la guerra, cuando ya nadie se atrevía a ponérselo (Carabias, 1980: 21).

Se conservan unas anotaciones en el diario de Azaña del 10 de julio de 1927 que son elocuentes de sus sentimientos hacia ella:

¿De qué estoy yo tan tiernamente enamorado?, ¿es de una graciosa persona?, ¿es del amor?, ¿es de mi capacidad de ternura que busca empleo, y con él, una dicha comunicable, quizá la postrera en mi vida? Yo no lo sé. Anoche pasé un momento angustioso, las conveniencias sociales, que ni aun para descifrar un enigma debo romper, me impiden una explicación, un diálogo, contraste de la realidad de mi sueño. Y yo no podía más, temí que iba a decirlo a voces delante de todos. Estaba transido. Ello lo sabe tiempo ha, y es cruel sin darse cuenta. ¿Será locura y me tratará como a un loco? Desde mi conveniencia personal es cuando menos una extravagancia, una aventura imprudente, trastornaría mi modo de vivir. Ciertos consejos del egoísmo me inducen a retirarme a mis trincheras, pero la dicha de revelarle amor siendo ella tan sensible, tan capaz, vale más que todo. La situación es absurda, yo no tengo la libertad que tendrá otro cualquiera para salir con ella. No sé qué hacer y, entretanto, divago, me atormento y me entristezco (Azaña, vol. III, 2007: 893).

Durante los meses de agosto y septiembre de ese mismo año 1927, Azaña estuvo en La Coruña, participando en un tribunal de oposiciones a Notarías, alojado en el Atlantic Hotel. Esos meses estivales, apartados del bullicio de Madrid, los dedicó a reflexionar sobre su *amor platónico*, Lola, escribiéndole cartas que ella nunca recibirá (Juliá, 2008:255).

El 7 de septiembre en contestación a una carta de Cipriano, le escribió Azaña una carta donde cada vez se hacía más evidentes sus sentimientos hacia Lola:

Por lo visto lees mis cartas a tu familia. No me opongo, si en ellas hay chistes que los divierten. Pero supongo que no leerás todo. Precisamente en mi última carta había alusiones demasiado transparentes a lo que nunca debió dejar de ser una quimera secreta. No me importa hablar de ello contigo, porque no iba a hacerte un misterio. Pero, ponerme sobre el tapete, me daría vergüenza (Rivas, 1980: 641).

Y de nuevo, el 15 de septiembre 1927, tras contestarle Cipriano que no leía esa parte más íntima de las cartas, le respondió Azaña en estos términos:

Pensándolo, como lo he pensado, mi propósito era casi contrario a la naturaleza. Me consuelo releyendo un folletón de Sr. Ortega sobre la elección en amor. Dice el Sr. Ortega que las mujeres no se enamoran de los hombres que impulsan el progreso. Ahora bien: yo pretendo impulsar el progreso, sea político, sea literario, y no me corresponde, por lo tanto, que me quiera esa señorita, ni tal vez otra ninguna. Y como yo no me inclinaba a ella porque la creyese una mujer superior, sino por las cualidades medias y apacibles que se me imagina que posee, es natural que no se conforme conmigo, que soy algo tempestuoso y desapacible, dado como se entiende la apacibilidad en los comedores de tu familia (Rivas, 1980: 643-644).

Prolongaba Azaña sus desasosiegos amorosos y, en 1928, decidió escribir —en tan solo veinte días— *La Corona*, un drama de tema amoroso en tres actos, que dedicó a Lola bajo las iniciales L.R.C. Esta obra teatral fue interpretada unos años después, en 1931, en Barcelona por Margarita Xirgú. A dicha interpretación asistieron ambos estando ya casados, pero a don Manuel aquella representación no le gustó nada y comentó que había sido como “haber visto violar a una hija suya” (Carabias, 1980: 162).

A pesar de la fuerza de los sentimientos de Azaña y de las continuas visitas a la familia, motivadas por su interés por la hermana pequeña de su amigo, el líder político se resistía a dar el paso del compromiso porque le frenaba la diferencia de edad. Sin embargo, en febrero de ese mismo año, se organizó una fiesta de disfraces en la calle Mendizábal, en la casa de los Baroja-Caro. Y esta fue la ocasión propicia para declarar su amor a Lola.

Será Josefa Carabias quien lo relate después de entrevistar la anfitriona de la fiesta, Carmen Monné:

El último invierno de vida y de actividad del Miro Blanco, a Carmen Monné, la simpatísima esposa de Ricardo Baroja, se le ocurrió dar una fiesta en su casa, por Carnaval. No fue mala idea. Un baile de máscaras exclusivamente nutrido de intelectuales es cosa que tiene bastante gracia. ¿Ustedes imaginan a don Ramón de Valle-Inclán, a don Pío Baroja, al señor Salaverría y a la señorita Maeztu vestidos de máscaras y diciendo con voz hueca: “no me conoces”, “no me conoces”?... Pues todos los nombrados, y algunos más serios todavía, acudieron disfrazados al baile de doña Carmen Monné, que fue lo que se dice un éxito (Carabias, 1997: 260).

Se invitó a toda la intelectualidad madrileña con la premisa de que debían acudir disfrazados. Carmen Monné también invitó a Azaña, a quien le dio el

privilegio de poder ir sin máscara y sin disfraz. Nadie dudó de que no acudiría. Pero contra todo lo previsto, Azaña fue y disfrazado de cardenal, con un aspecto muy parecido al de Richelieu. Con el traje y la perilla del Niño de Guevara que se la prestó el director del teatro de la Princesa, Fernando Díaz de Mendoza (Rivas, 1980:148-149).

Para dicha fiesta, Lola Rivas se disfrazó de dama del II Imperio Francés con un antiguo damasco familiar y al estilo de Eugenia de Montejo, tan de moda en aquel momento en España. Como comentaba Carmen Monné, los dos estuvieron toda la fiesta hablando y allí Azaña le declaró su amor.

A los pocos días, era el santo de Lola. Carmen quiso comprar unas flores para la joven Rivas. Cuando fue a la tienda de flores, le comentó la dueña que Azaña se acababa de llevar un ramo para la misma persona y para el mismo destino. Los amigos empezaron a sospechar que habría boda pronto (Carabias, 1997: 260-261).

A los pocos días, Azaña invitó a Cipriano a dar un paseo por la calle y, a bocajarro, le preguntó a su amigo si podía contraer matrimonio con su hermana. Tras una primera reacción de sorpresa, le expresó su preocupación por la edad y le explicó lo disparatado y desventajoso de ese matrimonio: su hermana era la pequeña y estaba mimada y consentida, tenía una sensibilidad exacerbada como su madre y que él, era un hombre superior y Lola, con su inteligencia sencillísima, no lo entendería. Azaña, sin embargo, comenzó a detallar las cualidades de Lola que nadie de la familia se había parado a avisar, porque aún la creían niña.

Tras esta conversación, Cipriano quiso compartir con su madre la confianza de su amigo. Ella se opuso en un principio, no porque Azaña le pareciera inadecuado, sino porque era tal el afecto que se le tenía en la familia, que arrancarlo de ellos, si aquella relación salía mal, iba a hacerles sufrir sobremedida. Pero, pasados unos días, tanto Mateo como Susana accedieron, y comenzaron –Lola y Manuel– una relación de noviazgo. En ese momento Azaña era funcionario del ministerio de Gracia y Justicia y Lola una jovencita de veinticinco años.

Que el matrimonio fue por amor, nadie lo discute. Cuando Josefa Carabias describió a su amigo don Manuel escribió lo siguiente:

Don Manuel Azaña no era guapo. Era feísimo. [...] Entre los intelectuales y entre los políticos, los catedráticos y los obreros y empresarios ha habido siempre hombres feos, horrorosos. Pero ninguna fealdad tan sonora como la suya. Tampoco era interesante, en el sentido que entonces se le daba a esta palabra. Su fama de antipático [...] era toda-

vía más proverbial que la de feo. Y, sin embargo, una chica joven, bonita, que podía haber elegido a cualquiera, se habría inclinado por él. De ningún modo. Azaña, que heredó de su padre una fortuna bastante buena, se había quedado sin ella. No tenía más que lo que ganaba como funcionario –seis mil pesetas al año con descuento– más alguna ayuda que le proporcionaba sus trabajos literarios, los artículos y las traducciones, que no serían gran cosa ¿porvenir político? Cero. [...] Ser republicano equivalía a iluso. [...] Si alguien aportaba a aquel matrimonio algún dinero o esperanzas de tenerlo, era ella y no él (Carabias, 1980: 22-23).

Con este testimonio se concluye que Lola se casó por amor y con un hombre en el que vio una inteligencia prodigiosa y un amor grande por España y eso le cautivó en extremo. Don Manuel encontró en Lola, la mujer dulce y estable que necesitaba a su lado. Una fiel confidente, inteligente, serena, discreta y servicial, que supo respetar sus silencios y desdramatizar lo trágico encontrando siempre soluciones. Azaña, extrañado como estaba de su enamoramiento y radical decisión, escribió a Miguel de Unamuno el 25 de mayo de 1928: “Por hacer de todo, y esto sí que es dramático, creo que voy a casarme probablemente en otoño” (Baroja, 1998: 93).

III

DE LOLA RIVAS A LOLA AZAÑA

Arrancaba el año 1929 con aparentes grandes expectativas para los españoles: la exposición universal en Barcelona, la exposición Iberoamericana en Sevilla y la energía que se producía de la recién inaugurada central eléctrica. Pero lo que se auspiciaba como un buen año, no lo fue así. La crisis del 29 americano cayó como una bomba en el terreno minado español lleno de grietas económicas. La rígida censura de Primo saltaba por los aires por días y mostró su cara más díscola en las revueltas de estudiantes. El deseo del dictador de institucionalizar el régimen aceleraba los pasos de los partidos políticos en la clandestinidad para organizarse y ganar unas elecciones. El sueño de la República se veía más cerca cuanto mayor era la decadencia de Alfonso XIII.

En este contexto, el 6 de enero *El Sol* anunciaba la petición de mano de Dolores Rivas Cherif por don Ramón de la Guardia, el hermano político de Manuel Azaña. Al día siguiente, Azaña solicitaba formalmente la mano de la joven Rivas. Un mes después, María de los Dolores de Rivas Cherif, sin profesión especial, y don Manuel Azaña Díaz-Gallo, abogado, comparecían ante el notario Alejandro Arizcun y declaraban que iban a contraer matrimonio. La joven aportaba al vínculo una larga lista de bienes, que se detallaban a continuación, en concepto de inestimada y entregándolos a su marido para que los administrara. Los muebles ya instalados en la calle Hermosilla número 24, piso 3º izquierda: un recibidor, un saloncito, un gabinete y despacho, un comedor, una alcoba, cocina y cuarto de baño, alhajas y ropas (Juliá, 2008: 257). Todo ello valorado en una dote de 45,000 pesetas¹.

Los recién prometidos formalizaron su matrimonio en la madrileña iglesia de Los Jerónimos, el 27 de febrero de 1929². La novia llevaba un traje de crespón satén y un velo de encaje de Bruselas. Entró en la iglesia con los acordes de la marcha nupcial de Mendelsohn. La novia iba del brazo de su

1 Escritura de dote otorgada por Dolores Rivas Cherif Archivo Histórico Nacional (AHN) ES.28079. DIVERSOS-TÍTULOS_FAMILIAS,3342, N.39.

2 Certificado del acta de matrimonio de Manuel Azaña y Dolores Rivas, celebrado en Madrid el 27 de febrero 1929. Centro Documental de Memoria Histórica (CDMH) DIVERSOS-TÍTULOS_FAMILIAS,3342, N.37.

padre, Mateo de Rivas y el novio, “distinguido escritor y alto empleado de la dirección de registros”, dio su brazo a la mujer del general García Benítez, que representaba a su hermana Josefa que estaba enferma. Firmaron como testigos: Cipriano Rivas; Pío Ballesteros, director general de registros; Amós Salvador, viejo amigo de Azaña y Ramón de la Guardia, hermano político del novio y teniente coronel de caballería (Juliá, 2008: 257). Posteriormente, lo celebraron con un té en el Ritz, como apareció en la invitación de boda.

Tras la boda, pasaron los recién casados tres meses viajando por Francia, con una estancia prolongada en París, y por los Países Bajos. Azaña rememoró en este viaje su estancia pasada con motivo de la beca que le otorgó la Junta de Ampliación de Estudios unos años antes. Como se lo describe en una biografía suya: “Azaña fue el guía culto y preparador que mostró a su joven esposa los entresijos de la cultura francesa que había saboreado a fondo y degustado plenamente” (Peña, 1995: 27). Compartió con Lola su predilección por el pintor Franz Halls durante este viaje (Marco, 2007: 136). A partir de ese momento, Lola acompañó a su marido en todo momento.

En el Archivo Histórico Nacional se conserva un kilométrico documento utilizado por el nuevo matrimonio durante su viaje por España entre el 12 de agosto de 1930 y el 22 de diciembre del mismo año. Para entonces, Azaña ya era un reconocido líder republicano. Lola acompañó a su marido al Pacto de San Sebastián³. Azaña rememoró, con sorna, el comentario que le hizo una aristócrata sevillana, marquesa y viuda, en el hotel donde se alojaron en Fuenterrabía, al verle con Lola: “Qué lástima que una muchacha tan bonita se haya casado con un republicano” (Azaña, vol. I, 1976: 169).

El acceso de Lola a la vida moderna le había sido facilitado por su hermano Cipriano, quien la había introducido en los círculos políticos e intelectuales de la época. Una vez casada con Azaña, acompañó a su marido en las tertulias políticas en el Café Gijón, en el Hotel Regina y en la Granja del Henar.

Azaña, en su partido *Acción Republicana* integraba un republicanismo liberal, burgués e intelectual. Estos políticos y pensadores se reunían en el Café Regina para conversar convocados, la mayoría de las veces por Valle-Inclán, y acompañados por Cipriano Rivas Cherif, Enrique Díez-Canedo, Juan José Domenchina y otros. Allí Lola conoció a otra mujer que frecuentaba estas tertulias mayoritariamente masculinas: Ernestina de Champourcin: “Antes

3 Billeto kilométrico expedido a favor de Manuel Azaña y de su mujer, Dolores Rivas (AHN) DIVERSOS-TÍTULOS_FAMILIAS,3342, N.7.

de la guerra, yo iba al Café Gijón, iba a todas las tertulias”⁴. Acudía acompañada de Domenchina para escuchar las ideas políticas renovadoras que allí se trataban. Ernestina describió estos encuentros a Arturo del Villar: “Al ir acompañada por un hombre, pudo asistir Ernestina a las tertulias del Café Regina y de la Granja del Henar, a las que acudía Azaña, y así entabló con él una amistad que prolongó con su esposa, Lola de Rivas Cherif, amistad que continuó en su común exilio mexicano” (Del Villar, 2002: 15).

Las dos mujeres contaban con el aprecio y el reconocimiento de su valor intelectual por parte de sus parejas, ya que eran señaladas e invitadas a las tertulias y eventos culturales. En estos encuentros se fraguó su amistad.

En 1930, dio comienzo la “Dictablanda” que fue un intento de transición política tras la caída de la dictadura de Primo de Rivera, marcando un intervalo entre el autoritarismo y un posible retorno al sistema parlamentario. Bajo el liderazgo del General Dámaso Berenguer, este gobierno buscó restaurar la normalidad política sin desmantelar completamente las estructuras heredadas de la dictadura.

Sin embargo, este intento de estabilización no logró satisfacer a los sectores políticos ni sociales de la época. Por un lado, los republicanos y las fuerzas progresistas consideraban insuficiente esta apertura, mientras que los monárquicos tradicionales veían la situación como un debilitamiento del régimen. Azaña buscó en el Pacto de San Sebastián, firmado en agosto de 1930, la unión de republicanos, socialistas y nacionalistas catalanes en un frente común para derrocar a la monarquía de Alfonso XIII. Este pacto sentó las bases de una estrategia política que culminaría en la proclamación de la Segunda República en abril de 1931, marcando un cambio profundo en la historia política y social de España.

En diciembre de 1930, se produjo el levantamiento de Jaca, liderado por los capitanes Fermín Galán y Ángel García Hernández que fue un intento valiente pero fallido de adelantar la proclamación de la República en España. Aunque este acto buscaba catalizar un movimiento republicano más amplio, terminó siendo sofocado rápidamente por las fuerzas del gobierno. Galán y García Hernández fueron detenidos, juzgados en un consejo de guerra sumarísimo y ejecutados en Huesca, convirtiéndose en mártires de la causa republicana.

4 “Entrevista a Ernestina de Champourcin” (1996) realizada por M.^a Encarna Sana-huja, Teresa Sanz y Ana Vargas, *Duoda: Revista d'estudis feministes* 10: 158.

Los miembros del Comité Revolucionario, que había impulsado la organización del movimiento republicano, se enfrentaron a diversas consecuencias. Algunos, como Niceto Alcalá-Zamora, Miguel Maura, Francisco Largo Cabañero, Fernando de los Ríos, Santiago Casares Quiroga y Álvaro de Albornoz, fueron detenidos y encarcelados en la Cárcel Modelo de Madrid. Otros integrantes del Comité lograron evitar la prisión como Manuel Azaña y Alejandro Lerroux que se escondieron en Madrid; y figuras como Luis Nicolau d'Olwer, Diego Martínez Barrio y Indalecio Prieto lograron escapar a Francia, desde donde continuarían apoyando la causa republicana.

Aunque el levantamiento de Jaca fracasó, contribuyó a erosionar la legitimidad del régimen monárquico y allanó el camino para la proclamación de la Segunda República Española el 14 de abril de 1931.

IV

COLABORACIÓN DURANTE LA PRIMERA ETAPA DE LA II REPÚBLICA

El 14 de abril de 1931 se proclamó la II República Española. Se creó un gobierno provisional que, tras las elecciones del 28 de junio del mismo año, quedó constituido legalmente. Azaña se encargó de la cartera ministerial de Guerra y Presidencia de la República.

En esta etapa, tan activa políticamente, fue cuando, ambas parejas y amigas –Lola y Azaña, Ernestina y Juan José Domenchina–, forjaron una amistad más sólida, en la que compartieron valores intelectuales, políticos y el deseo de renovación para la sociedad española y para la mujer.

En otoño, Azaña le pidió a Juan José que fuera su secretario personal. Domenchina fue secretario en la Presidencia del Consejo de ministros desde octubre de 1931 hasta febrero de 1935. Así lo rememoraba el protagonista:

El 15 de octubre de 1931 se inauguró el Gobierno provisional del señor Azaña. El señor Azaña tuvo la gentileza de otorgarme, como prueba de confianza, un difícil menester político y burocrático: su secretario particular. Nadie que no haya sobrellevado una misión de tal naturaleza puede suponer hasta qué punto resulta abrumador y extenuante su cabal desempeño. Entonces [...] me dispuse [...] a sacrificarme por la República¹.

En el contexto de la República, las dos mujeres de sendos intelectuales aparecieron juntas en actos del Lyceum Club, institución que desempeñó un papel crucial en la vida cultural, social y política de las mujeres durante la Segunda República. Fundado en 1926, este espacio se convirtió en un centro para el intercambio de ideas progresistas y en un lugar donde las mujeres intelectuales, artistas y activistas podían unirse para promover reformas sociales y educativas. En el VI aniversario del Lyceum estuvieron Ernestina de Champourcin y Lola Rivas, evidenciando el compromiso de estas mujeres con los valores republicanos². Ambas participaron activamente en iniciativas destinadas a suplir la educación de los niños desfavorecidos tras la expulsión de las órdenes religiosas durante la República. La Casa del Niño, dirigida por Rosario Lacy, fue uno de los proyectos emblemáticos de esta asociación

¹ J.J. Domenchina, “Poetas españoles del 13 al 31”, *Folletones de “El Sol”*, marzo 1933. Se conserva en Archivo General de la Universidad de Navarra (AGUN) 147/27.

² *Ahora*, 5 de noviembre de 1932.

femenina. Carmen Baroja, otra figura destacada del Lyceum y hermana del escritor Pío Baroja, recordó las iniciativas organizadas en beneficio de la Casa del Niño, como exposiciones y ventas de juguetes populares. Estas actividades no solo generaban recursos para la institución, sino que también unían a intelectuales, artistas y figuras políticas en torno a una causa común. Entre los colaboradores destacaba la generosidad de Manuel Azaña, presidente de la República: “En otra exposición de juguetes trajeron las hermanas de Rivas Cherif, Adela y Lolita, una casita de muñecas hechas por ellas [...]. Les tuve que invitar a casa con su hermano [...]. Azaña trajo un ejemplar de *El jardín de los frailes* con una dedicatoria muy cariñosa” (Baroja, 1998: 93).

Este compromiso con la educación y el bienestar infantil reflejaba cómo las mujeres republicanas desempeñaron un papel activo en la transformación social de la época, combinando su labor intelectual con iniciativas prácticas destinadas a mejorar la vida de los sectores más vulnerables de la sociedad.

Lola, como esposa del presidente, participó activamente en la vida cultural y política de la Segunda República. Su presencia era frecuente en los actos oficiales organizados tanto por el Estado español como por gobiernos extranjeros. No solo estuvo involucrada en eventos de carácter político, sino también en actividades culturales como conciertos, obras teatrales y óperas, a las que solía asistir acompañada de Manuel Azaña. La relación estrecha que mantenía con su marido, un intelectual bien informado sobre los asuntos políticos y sociales sugiere que Lola debía estar al tanto de los acontecimientos más relevantes que afectaban tanto a España como a Europa. Aunque no siempre es posible conocer todos los detalles de la información que ella compartía o recibía de su esposo, es razonable suponer que, debido a su proximidad a los círculos políticos y culturales de la República, tenía acceso a los debates y decisiones clave. Este tipo de interacción entre la vida personal y el ámbito político era común en muchos matrimonios de la elite intelectual republicana. Además, le gustaba leer los diarios donde su marido relataba sin censura ni adornos su opinión sobre lo que veía a su alrededor (Núñez, 1996: 179).

Pero además de los actos públicos, Lola gozó de la compañía de Azaña en la esfera privada. Azaña necesitó siempre la comunión con la naturaleza. Su carácter necesitaba equilibrarse en contacto con el campo. Realizó salidas semanales, siempre acompañado de su mujer, y a veces de Cipriano, a la sierra de Madrid como recogió muchas veces en sus memorias. Los lugares más frecuentados fueron El Escorial, especialmente el Castañar y la Herre-

ría; Navacerrada, la Morcuera y el Alto del León; El Paular y Fuentelarreyna. Necesitaba de ese silencio que solo el campo puede dar para su reflexión y toma de decisiones. Muchas de estas fueron contrastadas con Lola sobre las que guardó un absoluto sigilo. Su cercanía con él, le fue dando la capacidad de las palabras y los sentimientos de su marido. Esta capacidad se debía, en gran parte, a su profundo conocimiento de su carácter, sus ideales y su visión política de los que fue absorbiendo en estas largas excursiones a solas.

Sin embargo, al año y pocos meses del establecimiento de la República, estalló una sublevación en contra de esta, encabezada por el general Sanjurjo. En esta conspiración militar, Domenchina tuvo un papel destacado en la detención del golpe. Quiso poner por escrito todo aquello y se recoge a continuación. Este testimonio constituye una fuente primaria interesante para comprender mejor este intento de golpismo:

Don Manuel Azaña, jefe de Gobierno y también ministro de Guerra, no podía multiplicarse ni dividirse para atender a todos y a todo. Así, el mayor número de las numerosas comisiones de provincias y aún de los pueblos, que acudían a visitarle, los recibía yo, y yo era el depositario eventual de sus secretos, quejas, admoniciones, plantos, venganzas, propósitos, despropósitos, monsergas y soplonerías³.

Domenchina justificaba que se encontraba bien informado sobre los acontecimientos que se desarrollaban en la República. En la noche del 21 de julio de 1932, a última hora, recibió la visita de una mujer de la alta sociedad madrileña, cuya identidad decidió no revelar, y quien le advirtió de un posible golpe de Estado que algunos militares estaban planificando. Domenchina compartió esta información con Hernández Saravia, y solicitó una audiencia con Manuel Azaña, para contarle con más detalle. El presidente le preguntó: “¿Cree usted que, en efecto, los militares se sublevarán?”.

A lo que Domenchina respondió afirmativamente: “Sí, señor presidente”. Azaña, tras escuchar la respuesta, contestó: “Pues... yo también”⁴.

Veinte días después, el 10 de agosto de 1932, el golpe de Estado se intentó, pero fue frustrado por la intervención de Hernández Saravia. Lola Azaña permaneció con su marido y colaboradores del ministerio de Guerra aquella noche del 9 de agosto. Se dirigió la operación para desarticular el golpe en el palacio de Buenavista. Lola estuvo sirviendo cafés toda la noche hasta que

3 Juan José Domenchina, “Pasión y muerte de la República Española”, capítulo II, *Hoy*, México, 1941. AGUN 147/25.

4 *Ídem*.

Azaña le obligó a acostarse. También estaba su hermano Cipriano. Se sabe que su marido le tranquilizó: “Quizá oigas disparos”, le comentó. Dándole a entender que no tenía de qué preocuparse. El golpe se desarticuló. Lola se desasosegó mucho pensando en la suerte que correría este militar. Compartió con Azaña sus temores a que el militar no fuera indultado y tuviera que correr la pena de muerte que se le había impuesto (Núñez, 1996: 179). Y finalmente, no fue así.

No fue esta la única vez que Domenchina advirtió al presidente que no debía acudir a un acto porque querían acabar con él. En 1933, Azaña manifestó su intención de asistir a la clausura de la Feria del Libro, y Domenchina intentó disuadirle. A lo que Azaña respondió: “Mire usted, Domenchina, si me disparan un tiro, lo que deseo es que no me dejen tuerto”, y finalmente, acudió al evento (Azaña, vol. III, 1978: 199-200).

Al hilo de estos sucesos, se puede concluir que estas dos mujeres lo sabían prácticamente todo, pero guardaron –hasta el exilio incluido– una discreción extraordinaria. En la entrevista que en 1985 RTVE realizó a Lola, esta apenas aporta datos que no fueran conocidos por todos⁵. En el caso de Ernestina, es igualmente acreditada su lealtad a la República hasta su muerte y su total discreción en lo que se refiere a cuestiones políticas que conocería por Domenchina. Ambas fueron leales a la República y a Azaña.

En 1933, una serie de sucesos ocurridos en Casa Viejas (Cádiz) con unos anarquistas y la oposición de algunos sectores a don Manuel, y los bajos resultados electorales obligaron a Azaña a dimitir de la presidencia del Gobierno, aunque continuó al servicio de la República.

Lola y su marido aprovecharon la ocasión para mudarse de su residencia en la calle Hermosilla, donde vivían, a la calle Serrano, al actual número 40. Además, se valieron la herencia dejada por el difunto padre de Lola para comprar un solar en El Viso, junto a otro adquirido por Julián Besteiro, como un lugar tranquilo donde poder pensar y escribir (Carabias, 1980: 224).

Efectivamente, la muerte de Mateo de Rivas había dejado a Lola una fortuna que les permitió la compra del Viso, pero una enorme orfandad. Aunque su padre era un hombre liberal de ideas y poco dado a la práctica religiosa, Lola quiso que su padre tuviera atención espiritual antes de morir y recibiera los santos óleos (Núñez, 1996: 182). Después lo volvería a insinuar con su marido, como se tendrá ocasión de leer. Era una mujer de fuertes convicciones

5 <https://www.rtve.es/play/videos/mujeres-para-una-epoca/mujeres-para-epoca-20101012-1817/900744/>.

religiosas que no deseaba imponer. Propuso el consuelo espiritual previo al consentimiento de sus familiares, pero no lo impuso ni tampoco gustaba de hacer alarde. Para Lola la fe era algo íntimo y personal.

En abril, apareció en la prensa Lola Rivas como ejemplo de “Figuras femeninas de la vanguardia de la república”. De ella se dijo, en la breve reseña que llevaba el artículo, que estaba afiliada al partido de Acción Republicana y que desarrollaba una importante acción en la sección femenina⁶.

6 *Ahora*, 9 de abril de 1933, p. 21

LOS SUCECOS DE BARCELONA

Lola “mujer fuerte”

Durante la siguiente etapa de la República, en el bienio radical cedista, Azaña trató de llevar a cabo una labor diplomática para evitar la insurrección que socialistas y nacionalistas quería propiciar. La cercanía con los líderes Companys y con Prieto le ocasionaron su detención¹. El 9 de octubre de 1934 los partes sobre el paradero de Azaña eran confusos y Lola no sabía dónde se encontraba su marido. Azaña dejó escritas en sus memorias la actuación de su amigo Domenchina:

Aquella mañana, mi buen amigo Juan José Domenchina (ya le habían registrado sus papeles, no fuese yo a guardar en borrador mis planes subversivos) tomó la iniciativa de acudir al exministro y diputado radical don Vicente Cantos, con quien está personalmente relacionado, en demanda de algún esclarecimiento que poder llevar a mi casa (Azaña, vol. III, 1978: 519).

Juan José por su antigua posición en el gobierno y haciendo uso de sus contactos, consiguió averiguar dónde estaba su amigo detenido en Barcelona. Avisó a Lola que inmediatamente se desplazó a la ciudad condal, acompañada por su hermano Cipriano y el diputado Mariano Ansó siendo acosados durante el viaje en tren por elementos policiales (Ansó, 1976: 66-68).

No le permitieron a Lola verlo hasta un mes después, el 2 de noviembre. Estuvo con su marido en el *Uruguay*, *Sánchez Barcaiztegui* y en el *Alcalá Galiano*, atracado en Barcelona, mientras duraban las visitas diarias que Lola consiguió gracias a sus amistades. En esos días de tristeza y decaimiento de Azaña, la presencia de su mujer fue clave, ya que, con sus cartas y visitas, impedía que su marido se sumiera en esa “tristeza” que ella conocía bien (Juliá, 2008: 368). Azaña la denominó en estos momentos *mujer fuerte* en una carta dirigida a Cipriano el 2 de diciembre de 1934 (Rivas, 1980:650).

Don Manuel recuperó la libertad el 10 de enero de 1935 y, con ella, la actividad política con sus correligionarios republicanos. Acción Republicana, tras el batacazo en las elecciones generales de 1933, se había transformado en un nuevo partido denominado Izquierda Republicana, que presentaba un

1 Más información en Jiménez Zaera, J. (coord.) (2024). *Octubre 1934*.

ideario de izquierda burguesa, no marxista. En las elecciones del 16 de febrero de 1936, alcanzó un total de 87 diputados en toda España (Egido León, 2006:120).

Tras la victoria del Frente Popular, en febrero de 1936, se produjo el regreso de Azaña a la vida política del país. Se convertía en una figura clave: presidente de la República. Y Lola, primera dama del Estado.

El 26 de mayo de 1936, se ofreció en el Lyceum Club Femenino un té homenaje a Lola Azaña en reconocimiento a su implicación en esta institución femenina, un evento que fue reseñado en la prensa². Por su parte, con motivo de su trayectoria literaria y su involucramiento en la organización del Lyceum, se organizó un homenaje para Ernestina el 18 de junio de 1936, cuyo anuncio apareció en la prensa dos días antes³. A este homenaje asistieron treinta y tres personalidades, entre ellas Lola Azaña. Durante el evento, se pronunciaron palabras de elogio hacia Ernestina, especialmente por parte de María de Maeztu y otras mujeres. Ambas mujeres, junto a muchas otras, visibilizarían el progreso de la mujer durante estos años de la República. Buscaban colocar a la mujer a igual altura intelectual que el hombre.

Sin embargo, toda aquella vibrante vida literaria y política se vería truncada en pocos días por la sublevación militar y el estallido de una guerra. Los rumores de una posible sublevación en contra del régimen establecido eran cada vez más certeros.

² *La Libertad*, 27 de mayo de 1936.

³ *El Sol*, 16 de junio de 1936.

VI

EL APOYO DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Desde hacía algún tiempo, circulaban rumores sobre un posible levantamiento armado contra el gobierno legítimo de la Segunda República. Estos rumores se materializaron el 17 de julio de 1936, cuando, bajo el liderazgo del general Emilio Mola, el general Francisco Franco se levantó en Marruecos al frente de sus tropas. A este levantamiento se unieron las fuerzas del general Juan Yagüe en el Protectorado español de Marruecos, las tropas de Miguel Cabanellas desde las Islas Baleares y, en pocas horas, las del general Queipo de Llano desde Sevilla.

En los días siguientes, desde el 18 hasta el 21 de julio, se produjo un proceso de reparto geográfico de la península, en el que las provincias se posicionaron a favor o en contra de los golpistas. Madrid permaneció leal al gobierno republicano, convirtiéndose en un foco clave de resistencia. El 19 de julio, José Giral, quien acababa de asumir el cargo de presidente del gobierno, tomó medidas inmediatas ante la insurrección, distribuyendo armas a las organizaciones políticas y sindicales. Esta acción permitió que las masas trabajadoras se involucraran activamente en la defensa del régimen republicano, pero también contribuyó a la intensificación de la revolución social que se gestaba en ese momento.

La respuesta popular y el carácter cada vez más radical de la revolución social marcaron un punto de inflexión en los primeros días del conflicto.

A Lola le sorprendió la sublevación militar en Guadarrama. Existen dos versiones acerca del lugar en el que se encontraba en ese momento. La primera, proporcionada por el secretario de Azaña, que relató que Lola había acudido al Monasterio de El Paular, en Guadarrama, el 16 de julio, para visitar a dos sobrinos suyos, José Ramón y Enrique Rivas, quienes estaban con su abuela Carmen pasando el verano (Martínez Saura, 1999: 404). La segunda versión, ofrecida por el biógrafo de Azaña (Marco, 2007: 207), señala que estos sobrinos estaban enfermos e internados en el Preventorio Escuela Infantil Helios, en la sierra de Guadarrama. Este centro, fundado a finales de la dictadura de Primo de Rivera, estaba destinado a niños sanos, pero con carencias nutricionales, lo que los hacía susceptibles de contraer tuberculosis. Los infantes podían permanecer allí entre tres y seis meses, y el Estado

sufragaba los gastos a través de la Dirección General de Sanidad, dependiente del Ministerio de Gobernación. El director de este centro era Felipe Gómez-Pallete, neumólogo que jugará un papel importante en los primeros meses del exilio y era conocido por la familia. Por esta razón, la versión que parece más probable es que estuvieran ingresados.

En lo que coinciden todas versiones es que, al día siguiente de la sublevación en Marruecos, o bien el coronel Albert del Cuarto Militar de la presidencia –según Martínez Saura– o, Cándido Bolívar, secretario general de la Presidencia –según Marco–, fueron a recoger a Lola y a su familia para llevarlos con su marido, quien había abandonado la Quinta del Pardo y se encontraba escondido en un refugio que había sido localizado por Hernández Saravia. El coronel Albert recibió un disparo en la mano cuando regresaba con la familia del presidente (Martínez Saura, 1999: 404).

Azaña debió estar informado sobre la peligrosidad de Guadarrama, porque al día siguiente de la sublevación, el alcalde de la localidad de la sierra madrileña, Diosdado Martínez Escudero –comunista recién llegado al cargo– reclutó y dirigió partidas de voluntarios hacia el Alto del León con el objetivo de evitar la entrada de las tropas sublevadas en Madrid. La situación en Guadarrama era enormemente peligrosa y de ahí la necesidad de rescatar a su mujer cuanto antes.

En aquellos primeros momentos, de sublevación y desconcierto, muchos niños encomendados a las órdenes religiosas quedaron abandonados. Zenobia Camprubí había organizado con su marido, Juan Ramón Jiménez, la atención de cuatrocientos de estos niños en la Junta de Protección de Menores. Para llevar adelante esta acogida, el matrimonio necesitó personal y dinero. Emilia Cortés lo describió así:

Zenobia, [...] colabora en las colonias infantiles de Madrid y en el convento de la Travesía de Fúcar número 24, que dirige Constancia de Mora. También las acompañan Concha Prieto, Dolores Rivas, Ernestina de Champourcin y Gregoria Bergua (Cortés, 2020: 162).

En su novela inconclusa, *Mientras allí se muere* (1936), la poeta Ernestina de Champourcin describió, bajo los nombres ficticios de África y Camino, la labor que llevaron ella y Constancia de Mora con los niños acogidos en un antiguo convento cedido por la Junta de Protección de Menores (Del Villar, 2012: 33-34). Champourcin limpió, cocinó y enseñó al grupo de huérfanos y maestros voluntarios que se unieron a la causa. En aquel lugar coincidió con

Lola Rivas. Para estas mujeres, la protección y cuidado de la infancia se convirtió en una prioridad en medio de aquellas terribles circunstancias.

La esposa Azaña, a los diez días de comenzar el conflicto, puso en marcha un hospital de sangre¹. Ernestina se unió a esta otra iniciativa. Comenzó a trabajar como enfermera voluntaria en el Instituto Oftalmológico Nacional que había impulsado Lola puesto que su hermano era el director del Hospital. De nuevo, Lola y Ernestina trabajaron codo con codo en esta institución y compartieron turnos de asistencia a los enfermos. Champourcin lo recordaba bien aún a pesar del paso del tiempo:

Yo trabajé como auxiliar de enfermera en el instituto que tenía [Manuel] de Rivas Cherif, el cuñado de Azaña. Rivas era uno de los mejores oculistas de Madrid. Puso un hospital para los heridos de la guerra y allá fuimos unas cuantas: la mujer de Casares Quiroga, Lola Azaña, que iba y venía, yo, que me había quedado sola en mi casa porque mis padres estaban siendo perseguidos...Fui al hospital a ayudar a los enfermos hasta que Azaña se marchó².

En el listado de señoras empleadas en el Instituto Oftalmológico conservado en el Archivo Histórico Nacional se da la filiación de cada una de ellas y figuran como republicanas de izquierdas que hace referencia al partido de Azaña: Izquierda Republicana. Se encargó Lola de dirigir a estas enfermeras voluntarias tal y como apareció en la prensa:

Desde el día 26 [de julio] está en pleno funcionamiento el hospital de sangre establecido en el Instituto Oftalmológico Nacional, organizado por un grupo de mujeres de Izquierda Republicana, previa autorización del Consejo nacional del partido y de la Junta municipal, en unión de otras señoras afectas al Frente Popular, entre las que activamente colabora material y moralmente doña Dolores de Rivas Cherif de Azaña³. Y un mes después se publicaba. “Entre otras, figuran en el cuadro de enfermeras voluntarias las siguientes señoritas: De Azaña, [...] y la distinguida poetisa Ernestina Champourcin [...]. Cada una está encargada de una determinada función⁴.

En alguna ocasión, Ernestina comentó que algunas mujeres de políticos acudían al hospital únicamente como acto de presencia (Bernal, 1992: 38).

1 “Hoja oficial del lunes”, 27 de julio de 1936.

2 Ernestina de Champourcin. “Entrevista a Ernestina de Champourcin”. *Nueva Revista*, 29 de agosto de 1997 en <https://www.nuevarevista.net/entrevistas/entrevista-ernestina-de-champourcin/>.

3 *El Sol*, 1 de agosto de 1936.

4 “Una visita al hospital oftalmológico, hoy convertido en hospital de sangre”, *La Libertad*, 1 de septiembre de 1936.

Sin embargo, este no fue su caso ni tampoco el de Lola, ya que se involucraron en el trabajo de manera extraordinaria.

Mientras tanto, Azaña vivía con temor por la situación en Madrid. Por este motivo, ordenó a su esposa trasladarse a finales del verano de 1936 a San Juan de Alicante para colaborar en una guardería destinada a los hijos de combatientes y desaparecidos, dirigida por Constanca de Mora (Fox, 2008: 96). La finca en la que se improvisó la guardería se llamaba *La Manzaneta*. Llegó a albergar a cincuenta refugiados distribuidos en nueve colonias infantiles. En esta tarea, Lola estuvo acompañada por su hermana Adela, y también por las hijas de Indalecio, Concha y Blanca Prieto (Martínez Saura, 1999: 473).

Sin embargo, Azaña pronto consideró que aquel lugar tampoco era seguro para su esposa. La situación en Alicante era incierta: por un lado, José Antonio Primo de Rivera estaba encarcelado a pocos kilómetros, lo que alimentaba los deseos de rescate entre los golpistas; por otro, circulaban rumores sobre un posible desembarco de contingentes africanos a favor de las tropas de Franco en Torre Vieja. Ante esta amenaza, Azaña solicitó que Lola fuera trasladada en un avión de Air France a Ginebra, donde residía su hermano Cipriano, a quien el presidente había nombrado cónsul. Pero la espera en Alicante resultó fue más larga de lo previsto debido a la escasez de vuelos. Transcurridos unos días de larga espera, Lola Rivas pudo llegar a Ginebra. Azaña le aconsejó a Lola que se quedare en el extranjero, pero ella se negó y quiso volver para estar con su marido (Núñez, 1996: 180). Tras una estancia breve en Suiza, regresó a España y el 24 de octubre de 1936 se reunió con su esposo para ir juntos a Montserrat⁵.

El 6 de noviembre de 1936, a las 11 de la mañana, se celebró un Consejo de ministros presidido por Francisco Largo Caballero, presidente de gobierno, en el que se tomaron decisiones cruciales para la República en el contexto de la Guerra Civil Española. Al concluir la reunión, se determinó que el gobierno republicano debía abandonar Madrid de inmediato debido a la presión militar de las fuerzas sublevadas, y trasladarse a Valencia. Esta decisión marcó un punto de inflexión en la defensa de la capital, ya que el gobierno republicano reconoció la imposibilidad de mantener el control en Madrid ante el avance de los sublevados. La resistencia en Madrid pasó a estar bajo la dirección de la Junta de Defensa de Madrid, una nueva entidad creada para organizar y coordinar la defensa de la ciudad, presidida por el general José Miaja. En este escenario, el Partido Comunista, que era el más organizado y mejor pre-

5 *La Libertad*, 27 de octubre de 1936.

parado para hacer frente a la situación, se alineó con Miaja y jugó un papel fundamental en la coordinación de las fuerzas republicanas.

El matrimonio Azaña se trasladó a vivir a Valencia con el gobierno republicano. Se alojaron en la finca de *La Pobleta*, junto a la cartuja de Portaceli. Allí disponían de un búnker, un refugio y una plataforma donde había instalado un cañón antiaéreo. En seguida, recibieron visita de quienes eran sus amigos. Así lo rememoró Ernestina en sus cuadernos de memorias inéditos: “Tardes en *La Pobleta* y en *La Barrosa* con Lola Azaña y Micaela etc. A veces Juan José y Azaña [...]. La mujer de Sindulfo María”⁶. Estos recuerdos deslavazados ponen de manifiesto su interés por verse en casa de los Azaña y hablar de lo que estaba ocurriendo. Durante la estancia de Lola y su marido en *La Pobleta*, el pintor López Mezquita realizó un retrato de Azaña que Lola conservó y lo llevó a su domicilio mexicano. En la entrevista que le hicieron en RTVE aparece de fondo y Lola habló de este retrato como el que más le gustaba de su marido.

En el verano de 1937 se celebró en Valencia el II Congreso Internacional de Escritores, organizado por la Liga de Escritores Antifascistas, con la participación de destacados intelectuales y poetas, muchos de ellos amigos de Ernestina de Champourcin y Juan José Domenchina. Sin embargo, ambos decidieron no asistir, a pesar de su afinidad con los participantes. El motivo principal de su ausencia radicó en su lealtad a Manuel Azaña, quien no solo se negó a asistir, sino que también expresó públicamente su desacuerdo con el evento. En sus memorias, Azaña escribió:

Hoy se clausura en Valencia el Congreso de intelectuales antifascistas. He rehusado asistir. [...] El Congreso le cuesta un dineral al Estado y el día de la primera sesión no tenían máquinas de escribir, ni lápices, ni papel ni taquígrafos. Así me lo contó Domenchina. Cuando vino Negrín a *La Pobleta* a despedirse, me habló del congreso de los intelectuales. Se disculpó de no haberlo hecho antes, pero se le había olvidado. Le dije francamente que se me habían quitado las ganas de ir a hacer un discurso de clausura (Azaña, vol. III, 1978: 227).

Ernestina y Domenchina mostraron una vez más su lealtad a Azaña. Si él no iba, tampoco acudirían ellos. Azaña consideraba que el Congreso era una maniobra política del Partido Comunista, y su postura crítica influyó en la decisión de Ernestina y Domenchina, quienes mostraron, una vez más, su

6 De Champourcin, “Cuaderno autobiográfico manuscrito”, 1977, Madrid, (AGUN) 177/22, 75.

lealtad hacia su amigo. Esta afinidad con el republicanismo liberal, burgués e intelectual que Azaña representaba era compartida por ambas parejas, lo que reafirmaba no solo su coherencia ideológica y política, sino también su compromiso con una visión de la República centrada en la razón, la cultura y la renovación social, alejándose de maniobras partidistas que pudieran comprometer dichos principios.

La situación de la guerra empeora por días. Prieto apremiaba a Azaña para que saliera de Valencia por el puerto y se fuera a Barcelona. El presidente se encontraba en un apuro. Su máxima preocupación era su mujer. Lo narró en *La Pobleta* donde merece la pena leer cómo Azaña mostraba cómo era su mujer:

Mi inclinación natural era la de quedarme, porque era la más fácil, la más lógica [...]. Pero tenía a mi mujer, y la aprensión de exponerla por mi causa a perder la vida me turbaba el juicio y me frenaba la voluntad. Esta criatura ha dado ahora otra prueba admirable de serenidad, de entereza, de paciencia, de buen humor. No se ha asustado, ni parecía preocupada, ni ha alterado el tono de sus conversaciones con todos. Y no ciertamente porque no se diera cuenta de la situación; pero no quería que su presencia contribuyera a desazonarme ni a agravar mis preocupaciones. Le hice ver el pro y el contra de las determinaciones posibles. “Haz lo que te parezca mejor”, me dijo. [...] decidí salir. Hicieron las maletas, se avisaron a los coches, mi mujer me esperaba ya con el sombrero puesto (Azaña, 1968: 585).

Sin embargo, aquella salida fue frustrada porque se abrió fuego de ametralladoras y tuvieron que retroceder. Volvió Azaña a intentar salir y de nuevo fracasó. Quiso hablar con Lola otra vez. Se reproducen aquí las memorias de Azaña relatando aquellos momentos:

Para mí –le dijo a Lola– es una responsabilidad terrible comprometerte en esta decisión [...]. Me horrorizaba ver su destino personal de tal modo ligado al mío, que en un trance así pudiera perder la vida a consecuencia de la resolución que yo iba a tomar. Su vida me parecía sagrada, entregada a mi custodia y protección; y hubiese querido ponerla con mi amor donde no la alcanzasen las intemperies. Nunca ha influido mi mujer en ningún acto político mío, ni lo pretende, porque todo lo que hago y digo le parece bien y no ve más que por mis ojos, y no ha tenido otra vocación que la de hacerme llevaderos todos los disgustos y sinsabores de la vida pública rodeándome de ternura. Y, en realidad, tampoco ahora influyó, porque me resolví a lo que hicimos creyendo que era lo mejor, con su anticipado consentimiento. [...] Después no ocurrió nada. Salimos y no nos ametrallaron (Azaña, 1968: 587).

El último día de octubre de 1937, se hizo necesario trasladar nuevamente la sede del gobierno a la ciudad condal. Azaña llegó a Barcelona junto con el gobierno y autorizó oficialmente el traslado de Domenchina y su familia a la ciudad, en cumplimiento de las órdenes del presidente:

Por la presente queda autorizado Juan José Domenchina funcionario de la Sección de Servicio Español de información de la Subsecretaría de Propaganda para que acompañado de sus familiares: Encarnación Moreu, madre, Ernestina de Champourcin, mujer, Mercedes Domenchina, hermana, Encarnación Calderón, sobrina y Juana Arenal, sirvienta, se trasladen a Barcelona en cumplimiento de órdenes de la superioridad⁷.

Ernestina explicaba el papel de su marido en el gobierno:

En Barcelona, Juan José fue elegido secretario del Gabinete Diplomático de la Presidencia de la República, por deseo de Azaña. Juan José dirigía el *Boletín de Información del Ministerio de Propaganda*, en el que introdujo una hoja poética; allí aparecieron versos de Juan Ramón, de Antonio Machado, Max Aub, Pedro Garfías, Juan Rejano, Manuel Altolaguirre, Emilio Prados y otros; yo publiqué un poema a un niño muerto en un bombardeo. También colaboré en *Hora de España* (Del Villar, 2002: 13).

En otra ocasión, detalló aún más la situación Ernestina:

Al llegar a Barcelona hubo una ofensiva comunista por apoderarse del ministerio de Propaganda: entonces Juan José lo dejó y Azaña, por tenerlo cerca, lo nombró secretario del gabinete Diplomático de la Presidencia⁸.

Los comunistas, muy activos desde la llegada de Negrín a la presidencia del gobierno, no quisieron a Domenchina en el ministerio y se lo hicieron saber. Este modo de pensar debía de ser *vox populi*, pues Giral le escribió entonces a Domenchina explicándole que no había animadversión hacia él⁹. Pero Juan José decidió marcharse del ministerio y Azaña lo retuvo y lo nombró secretario del Gabinete Diplomático¹⁰. Es decir, Azaña creó un cargo para

7 “Archivo personal de Juan José Domenchina”, Valencia, 2 de noviembre de 1937. BNE, MSS/22260-MSS/22278.

8 “Entrevista a Ernestina de Champourcin” [incompleta: sin fecha ni autor] en (AGUN) 147/4, 2.

9 José Giral carta a Juan José Domenchina, Valencia, 13 de febrero de 1937, “Archivo Juan José Domenchina”, Biblioteca Nacional de España (BNE), MSS22269/136.

10 Ernestina de Champourcin, “Entrevista sobre Juan José Domenchina”, sin publicar y conservada en (AGUN) 147/4/2/19, 2.

mantenerlo en el gobierno. Entonces, Domenchina en compañía de su familia y de Champourcin se trasladaron a Barcelona la noche del 16 al 17 de noviembre de 1937¹¹. De nuevo su azañismo los llevaba a la cercanía y a la lealtad.

Unos meses después, Lola Rivas dirigió un discurso las mujeres españolas en diciembre de 1937 alentando a luchar por la República. Es el único discurso impreso del que disponemos y se reproduce a continuación:

¡Madres, hermanas, compañeras de los combatientes contra el invasor extranjero: acudid todas otra vez! Se ha cumplido ahora el año del ataque a Madrid. Una raya en la Historia. Un año. Trescientos sesenta y cinco días de lucha a vida o muerte. Madrid fortaleza del corazón de España, no se rinde al invasor. Pero el invierno, cruelísimo aliado de la guerra, afila sus hielos fatales contra los soldados en el frente, contra las gentes sin abrigo, contra el niño indefenso, contra el desahuciado sin hogar. Acudid todas otra vez, mujeres de España. No pretendo alentaros, porque ánimo tenéis. Huelga el convenceros. Estáis convencidas. Y desde la primera hora dispuestas al sacrificio. No quiero sino unir mi voz al concierto del esfuerzo. El esfuerzo y el ánimo de cada uno son estériles sin la voluntad del acuerdo. Trabajemos juntos todos los que sentimos lo mismo.

El frío se echa encima. Perseguidos por el espanto, acogidos a nuestra hermandad, llegan los abuelos, las madres, las mujeres, los hijos de los soldados de la República herida a mansalva. Que los hijos, las madres, las mujeres, los abuelos de los soldados defensores de nuestro suelo de la libertad no sufran el rigor material del hambre y del frío.

No tienen por qué padecer hambre. No falta voluntad para repartir lo que hay. Puede faltar la buena distribución. Tampoco es difícil el remedio. Que cada cual someta a su libre arbitrio a disciplina general; que la iniciativa particular obedezca a la disposición legal; sacrifiquemos cada cual un punto del sentimiento innato de iniciativa personal que llevamos en la masa de la sangre. Todo se andará.

Conseguir esa sumisión del ánimo personal al provecho común puede ser, mucha parte, obra vuestra, mujeres de España. Corregir las faltas es hacedero y fácil cuando las faltas se denuncian legítimamente, ante la autoridad reconocida donde el Gobierno de la República delegue la que le hemos confiado y en nombre de todos ejerce y defiende. Tú, sobre todo, la compañera del combatiente sigue como hasta ahora: cargándole el fusil con el entusiasmo que anima a tus ojos. Hace un año que no lloramos las mujeres de España. No queremos la lástima. Pero ya no bordamos banderas. Necesitamos las manos para coser, para tejer, para hilar. Hilad, tejed y cosed; reunid prendas y donativos en vuestra obra de cada día y entregadla al grupo, al Comité, a la Asociación. Distribuid el empeño de cada hora. Poned de acuerdo para la comisión de vuestro trabajo, y de esa manera, con orden, será el remedio eficaz y visible, que podría per-

11 Editorial número 289 del *Servicio Español de Información*, 17 de noviembre de 1937, 1.

derse en la desigualdad del mismo esfuerzo individual cuando ese esfuerzo es egoísta. Nada nuevo os digo. ¿Qué puedo decir que no sepáis? Que nadie atribuya a los demás la culpa o la falta. Que cada cual se sienta humilde grano de la gran cosecha. Y después, que viviendo se vence a la muerte, y no se consigue la paz sino ganando la guerra que nos hacen, ahora y siempre. ¡Viva la República!, ¡Viva España!

Dolores Rivas Cherif de Azaña¹².

En diciembre de 1937, Lola y Azaña se instalaron en las cercanías de Tarrasa, en la finca llamada *La Barata*. Era esta una propiedad incautada a la familia de un industrial asesinado durante los primeros días de la sublevación. Allí se trasladaron Azaña y Lola, Cipriano y su mujer Carmen con sus cuatro hijos, Santos Martínez y Cándido Bolívar y Sindulfo de la Fuente. Azaña mantenía su despacho en Pedralbes y el lugar de residencia en *La Barata*.

Durante estos meses, Lola desempeñó un papel crucial en la organización y liderazgo de la Comisión de Auxilio Femenino en Barcelona, una entidad creada al principio del conflicto para proporcionar apoyo a las víctimas de la guerra, especialmente a los más vulnerables. Esta comisión se dedicaba a coordinar la asistencia a los niños, las familias desplazadas y aquellos afectados por la violencia del conflicto. En 1938, la Comisión de Auxilio Femenino se fusionó con otras organizaciones similares, lo que permitió consolidar una red más amplia de apoyo para los niños que se encontraban en una situación especialmente difícil debido a la guerra. Esta fusión – propiciada por Lola – amplió significativamente el alcance de las ayudas, facilitando el acceso a alimentos, atención médica y educación a los niños más necesitados. La participación de Lola, junto con su amiga Ernestina de Champourcin, fue destacada en la prensa republicana, que subrayó su dedicación y el compromiso social en tiempos de gran incertidumbre.

[...] Presidió la Excma. Señora Dolores Rivas y asistieron [...] Ernestina de Champourcin. A propuesta de la señora de Azaña se acordó unificar los esfuerzos de todos los organismos que se ocupan de proporcionar alegría y bienestar a los niños, constituyendo una comisión encargada de llevar a la práctica cuanto se relacione con el Año Nuevo del Niño [...]¹³.

Ambas mujeres estuvieron activamente involucradas en la gestión de esta red de apoyo, siendo figuras clave en la movilización de recursos y la organi-

12 *El Socialista*, de 4 de diciembre de 1937.

13 “La esposa del presidente de la República preside una reunión por Año Nuevo del Niño”, *La Vanguardia*, 15 de diciembre de 1938.

zación de actividades destinadas a aliviar el sufrimiento de los niños. En los archivos se guardan varias cajas de fotografías de Lola Azaña de 1938 colaborado en “Colonias Escolares” referentes al centro de Teiá¹⁴. El esfuerzo de estas mujeres refleja su preocupación por las consecuencias inmediatas de la guerra. La labor de Lola y Ernestina en esta causa demuestra el papel fundamental de las mujeres republicanas en la organización de la resistencia social y en la protección de los derechos de los niños durante el conflicto.

La Guerra Civil Española alcanzaba su etapa final, y en Cataluña la presión de las tropas franquistas se intensificaba. Azaña llevaba tiempo buscando un compromiso que pusiera fin a la guerra. El 18 de julio de 1938, en el ayuntamiento de Barcelona, pronunció su famoso discurso: *Paz, piedad y perdón*, que fue el que más emocionaba a Lola de su marido¹⁵.

Al comienzo del año 1939, Azaña dejó escrito en su diario cómo oía los bombardeos sobre Igualada. El día 21 del primer mes del año, abandonó Tarrasa, *La Barata*, porque recibió un comunicado del general Hernández Saravia en el que se le urgía a partir por razones de seguridad. Tarragona había sido alcanzada por las tropas franquistas.

Acompañado de su esposa, Lola, y un grupo cercano de personas de confianza, Azaña salió de *La Barata* e hicieron noche en Llanvaneras, con la idea de instalarse en una casa, que se encontraba todavía en obras, y no la pudieron ocupar. Pernoctaron dos noches en el refugio antiaéreo de la casa y continuaron hacia al castillo de Peralada.

Este castillo, que era propiedad de un industrial catalán, Miguel Mateu i Pla, ofrecía una alternativa segura debido a su proximidad a la frontera, a tan solo 30 kilómetros, y a 6 kilómetros de Figueras. Se tardaba en circunstancias normales dos horas en llegar, pero el coche presidencial, que transportaba a Azaña, Lola, su hermana Adela y Cipriano tardó seis horas (Fernández-Cormentzana, 1994:45). Azaña había elegido aquel lugar por su seguridad pues estaba defendido por aeródromos militares.

Lola y su familia llegaron al castillo el 23 de enero de 1939 en el único vehículo disponible que quedaba. Permanecieron allí hasta el 5 de febrero, fecha en la que partieron al exilio. Durante esos días cruciales, invitó a Ernestina de

14 “Ministerio de Instrucción Pública” Fotografías de Dolores Rivas Cherif celebrando en la Guardería Hogar Manuel Azaña el día 1 de enero con motivo de la Fiesta del Niño, (BNE), GC-Caja/50/23 y GC-Caja/117/7) y GC-Caja/50/28.

15 <https://www.rtve.es/play/videos/mujeres-para-una-epoca/mujeres-para-epoca-20101012-1817/900744/>.

Champourcin y a su esposo, Juan José Domenchina, a compartir la residencia con él y Lola. Este período, aunque dramático, permitió a las dos parejas convivir estrechamente en los últimos días de la guerra. Ernestina recordaba esos momentos como una breve pausa de alivio, ya que las privaciones de alimentos que habían sufrido en Valencia y Barcelona se mitigaron ligeramente en Peralada (Esteban, 2024: 355-357).

Champourcin y su esposo llegaron a Peralada, cruzando el campo, el mismo día que Azaña y Lola. Aunque Ernestina habló muy poco sobre esos días, los dejó plasmados en sus cuadernos autobiográficos, evocándolos con detalle:

Al final de la guerra, cuando Azaña se marchó de Barcelona y se instaló en Peralada, al lado de Figueras, nosotros salimos también y estuvimos en Peralada una semana. Por cierto, que es una de las cosas que siento más no haber apuntado porque estuvimos viendo mucho a Azaña y a Lola cenando con ellos y fue una época verdaderamente histórica. Recuerdo a Azaña derrumbado completamente, allí junto a la chimenea del comedor del castillo de Peralada¹⁶.

La poeta Champourcin experimentó una profunda pena por Azaña durante aquellos días en los que este se sintió abandonado y desprovisto de apoyo, comenzando a actuar “por su cuenta y riesgo”, según sus propias palabras. Ernestina, sobre estos acontecimientos dejó escrito: “Allí cenábamos con los Azaña; Azaña estaba ya arrinconado” (Sanz, 1991: 28). Y en sus cuadernos autobiográficos recogió:

Preguntas sin respuesta: - ¿Qué hace Negrín? - ¿Ya está en Barcelona? Falsos partes de radio. Silencio. - ¿Qué ha pasado con los cuadros del Museo del Prado? - ¿En qué mes estamos? Tal vez febrero, la chimenea está encendida¹⁷.

Ante el avance de las tropas franquistas, se improvisó un refugio en el castillo para proteger el patrimonio artístico proveniente del Prado, El Escorial, la Academia de San Fernando y el Palacio de Liria. Entre las obras destacaban los cuadros de Goya y de Velázquez. La protección del patrimonio artístico causaba gran angustia a Azaña. El castillo de Peralada también contenía material de guerra, lo que lo convertía en un objetivo militar. Azaña escribió posteriormente a Ángel Ossorio relatándole sus temores de esos días:

16 “Entrevista a Ernestina de Champourcin” por Elena Aub, del 27 de noviembre de 1979, que se encuentra transcrita en (AGUN) G 102: 15-16.

17 De Champourcin, “Cuaderno autobiográfico manuscrito”, (AGUN) 147/22, 22.

Debajo de nuestro comedor están los Velázquez. En un edificio anejo, otro gran depósito. Cada vez que bombardeaban en las cercanías, me desesperaba. Temí que mi destino me hubiera traído a presenciar el museo convertido en una hoguera. Era más de lo que podía soportarse (Azaña, vol. III, 1978: 549).

El 27 de enero acudió a ver al presidente a Peralada Alvarez del Vayo, por petición expresa de Cipriano. El ministro de Estado ofreció a Cipriano la embajada de Bélgica para él. También sugirió que se podía ir con su hermana Lola, pero tenía que dejar a Azaña allí. A lo que Cipriano le contestó lo que a ella misma le había oído decir en ocasiones anteriores: “O no hay peligro para mi marido, y puedo estar aquí, o lo hay, y quiero estar con él” (Juliá, 2008: 444). Estos testimonios ilustran la fortaleza de Lola y su entrega valiente por su marido.

Mientras, el éxodo masivo de españoles hacia Francia se intensificaba y cientos de personas huían buscando refugio al otro lado de la frontera. A finales del mes de enero, Azaña preparó todo para salir de España. Comenzaba la etapa del exilio para quienes Lola y Manuel, habían perdido todo por los ideales por los que habían estado luchando.

VII

EN EL EXILIO FRANCÉS

El 28 de enero de 1939 se reanudó el proceso de exilio de los españoles hacia Francia. Lola preparó un sencillo equipaje con lo imprescindible. El 5 de febrero de 1939 a las seis de la mañana salieron en una comitiva formada por veinte personas. Al llegar al Cuartel General estaba Negrín que se dirigió a Lola:

- Pero ¿qué hace Vd. aquí señora?
- ¿Qué quiere que haga? Acompañar a mi marido.
- ¡Cuánto mejor no estaría Vd. en Francia! Las señoras, y usted perdone, no hacen más que estorbar.
- Yo no estorbo. Soy pequeña y ocupo poco sitio. Donde vaya él, quepo yo.
- Me agrada verla a usted siempre sonriente.
- Que quiere que haga usted ¿Qué agobie a los demás con caras tristes? Por fuera me sonrío siempre.
- Pues tiene usted que aprender a reírse también por dentro.
- No podré. Por dentro no puedo reírme porque lo que pasa no tiene gracia (Rivas, 1980: 514-415).

El general Rojo desaconsejó que se quedaran ahí y ofreció un camión de campaña que los llevara a La Bajol. Era este el último pueblo de España y allí se encontraron con Jules Henry (1904-1969), encargado de negocios británico, a quien informó de su decisión de marcharse debido a su incompatibilidad con Negrín, quien insistía en proseguir con la guerra¹.

Al bajarse del camión Lola pisó tierra con tan mala fortuna que se torció el tobillo. Con pesar recordó las palabras de Negrín sobre que era un estorbo, pues parecían cumplirse. Dos días después, continuaron la marcha a pie por una barrancada cubierta de hielo hasta Les Illes. Lola, tuvo que descender la pendiente sostenida por Martínez Mesa.

En Les Illes, tomaron un coche hasta Le Bolou donde pernoctaron en casa de la familia de Lola. Salieron al día siguiente a Collonges-Sous-Salève. Desde allí emprendieron el camino a Perpiñán, donde recibieron un salvoconducto

¹ Autorización de Jules Henry, embajador francés en España, para que Manuel Azaña, su mujer y nueve acompañantes pasen y se desplacen libremente por Francia. (AHN), ES.28079 DIVERSOS-TITULOS_FAMILIAS,3342, N.34

de libre paso por Francia. Y finalmente, llegaron a Montpellier en un Mercedes que les prestaron y se asentaron en *La Prasle* donde les recibieron los hijos de Cipriano y Carmen –José Ramón, Enrique, Carlos y Susana– que se cuadraron vestidos con los uniformes de Guardia Presidencial ante sus tíos recién llegados (García Saldaña, 1997: 19).

En *La Prasle* vivían cerca de una treintena de personas, Lola y su marido, su hermano Cipriano con su mujer Carmen y sus hijos, su hermana Adelaida y el servicio: las criadas, el chófer, las doncellas y la ayuda de cámara. Al matrimonio Azaña esta faltaba de intimidad y buscaron en Francia un lugar más tranquilo donde vivir solo la familia. Al final, Lola encontró una casita cerca de Poitiers. Agradable y con jardín. Le entusiasmó porque veía la posibilidad del aislamiento, que su marido necesitaba, de visitas y comentarios sobre la cuestión política española. Cuando fueron a cerrar el contrato de venta, al enterarse el dueño de quién era el comprador, se negó y Lola comenzó de nuevo las gestiones. Si la situación ya era complicada, aún se agravó más con un nuevo evento trágico: el estallido de la II Guerra Mundial.

Recibió, entonces, Azaña una carta del diplomático Carlos Montilla desde París contándole que se trasladaban a vivir a Arcachón y que había una casa próxima en alquiler (Rivas, 1980: 459). En octubre fueron a verla Cipriano y Azaña. Estaba cerca del mar una finca llamada *El Edén*, en Pyla-Sur-Mer, que en seguida adquirieron y Azaña quiso cambiarle el nombre por Fresdeval. Se encontraba en el Boulevard de l'Océan. Y de nuevo será Lola de nuevo quien se encargue de la mudanza porque su marido empezaba a mostrar síntomas de encontrarse mal, como una gripe mal curada y prolongada. Para el 2 de noviembre de 1939 ya están instalados en *El Edén*. La casa se puso a nombre de la hermana de Lola, Adelaida, quien la compró por 500.000 francos².

En febrero de 1940 Azaña acusó los síntomas de una afección cardíaca que ponía en peligro su vida. Lola, ayudada por su hermana Adelaida, hizo de enfermera. Y rescató, de una compañía de trabajadores de un campo de concentración, al antiguo amigo, el doctor Felipe Gómez-Pallete, quien se alojó en la casa con ellos en calidad de médico de cabecera³.

Había personalidades de la política que insistían en ver a Azaña. Lola fil-

2 Expediente informativo sobre la residencia de Manuel Azaña en Pyla sur Mer (Arcachon, Francia) Archivo General de la Administración, (AGA), 54,11430,019.

3 Sumario 495/1936 incoado por el Juzgado de Instrucción nº 7 de Madrid por secuestro de Rogelio Sol Mestre y Felipe Gómez-Pallete Carcer (AHN)//FC AUDIENCIA_T_MADRID_CRIMINAL,111,Exp.12.

traba las visitas para no agotar a su marido y que pudiera reponerse. Uno de aquellos que quería conversar con don Manuel, fue el historiador abulense Claudio Sánchez Albornoz (1893-1984). Prefirieron atenderlo entre Cipriano y Lola. Se mostró el académico negativo en sus afirmaciones, arguyendo acerca de que los exiliados españoles en Francia habían perjudicado, con su conducta y exilio, a la causa republicana internacional. Es este, uno de los momentos, en los que vemos florecer el carácter enérgico de Lola. Pues, cuando se trataba de algo que no era cierto, lo expresaba con firmeza y hasta con enfado. Y le replicó, que al revés de cómo pensaba, ella había visto con sus ojos a gendarmes franceses desvalijando a los españoles en la frontera y amedrentándolos hasta obligarles a entregar el reloj (García Saldaña, 1997:27). Ella había presenciado un trato inhumano con los exiliados, al revés de lo que decía don Claudio.

VIII

LA MUERTE DE AZAÑA “Se me romperá el corazón”

El año 1940 avanzaba por la senda de una II Guerra Mundial. Tras la derrota militar de Francia, el gobierno francés firmó un armisticio con Alemania el 22 de junio de 1940. Vichy se convirtió en la sede del gobierno colaboracionista francés, liderado por el mariscal Philippe Pétain. Después de la firma del armisticio la situación se volvía insostenible para los exiliados españoles. Lola, Azaña y familia se encontraban en una Francia ocupada.

Además, Azaña empeoraba por días. Permitió el paciente que le viera otro médico y éste, le explicó a Cipriano, que don Manuel tenía una grave lesión de corazón. Cipriano comunicó a su hermana la noticia y esta se preparó para el último trecho de vida de su marido. Ambos hermanos recordaron aquellas palabras de Azaña pronunciadas tras el discurso de Valencia en la guerra civil: “Se me romperá el corazón y nadie sabrá nunca quien ha sufrido más por la libertad de España” (Rivas, 1980: 475).

Lola dispuso una alcoba en el piso de abajo donde pudiera estar mejor el enfermo. El 19 de junio, Negrín acudió en coche a visitar a Azaña para conminarle a escapar desde Burdeos en un barco mercante hacia Gran Bretaña. Le acompañarían Cipriano, Casares Quiroga y Ramón Lamonedá. En ese viaje Lola no tenía cabida. Azaña se negó en rotundo a marcharse sin su mujer (Marco, 2007: 349). La señora Azaña comentó que antes prefería ver morir a su marido en el camino que verlo apresado por los alemanes (García Saldaña, 1997:31).

Ante el avance alemán, el Comisario francés dispuso el traslado de Azaña y su mujer a Montauban. La situación delicada de don Manuel hacía necesario trasladarlo en ambulancia a Périgueux, donde fue en compañía de Lola, del doctor Gómez-Pallete y de Antonio Lot, su fiel ayudante. El recibo fue extendido por Grand Garage de la Ville d'Automne de Arcachon, a nombre de la señora de Azaña por la cantidad de 1.700 francos y comprendió un trayecto de 213 kilómetros hasta Périgueux con vuelta pagada (Rivas, 1991: 14).

En Montauban se alojaron en casa de la señora Eugenia Nobel, nuera del famoso creador del premio Nobel. Pero sólo pudieron estar dos días, del 25 al 28 de junio, porque la casa fue requisada por unos militares y tuvieron

que cambiar de domicilio. Los dos hermanos de Lola, Adelaida y Cipriano se quedaron en la casa y los demás salieron prontamente. Resultó, además, que, con las prisas de la salida, Azaña no recordaba la clave de la caja fuerte y quisieron quedarse para custodiar el poco dinero que le quedaba al presidente y el material escrito de su cuñado. Lo que indica la admiración de la familia de Lola por Azaña y sus escritos. Y estando allí, el 10 de julio de 1940, Cipriano, el hermano de Lola fue apresado por la Gestapo. Los demás miembros de la familia, Carmen y sus hijos y Adelaida y el servicio fueron puestos en la villa de *El Edén* bajo arresto domiciliario.

Mientras, Lola y Azaña, con Gómez-Pallete y Antonio Lot, se instalaban provisionalmente en la casa del doctor Cavé, alquilada por Ricardo Gasset (1893-1966), que se encontraba en Rue Michelet 23 de Montauban.

Acudió a verlos Luis Ignacio Rodríguez, ministro de México en Francia. Le acompañaban dos refugiados españoles, general José Riquelme y el coronel Arturo Mena. Así lo recuerda el licenciado Rodríguez cuya fuente se encuentra en entredicho, aunque haya sido publicada recientemente y citada numerosas veces. Pero sí no fuera del todo textual, sí que encaja con lo que pudo ser en Montauban el 2 de julio de 1940:

Nos recibió afablemente su distinguida esposa, la señora Dolores Rivas Cherif de Azaña, quien se sirvió atendernos durante algunos minutos, mientras el ilustre republicano se levantaba de su lecho de enfermo para venir a saludarnos. [...] Nos miramos largamente sin que ninguno se atreviera a quebrantar el silencio. Sólo llorando podríamos haber comentado el infortunio que reinaba en todas partes.

—No puedo resistir más —me dijo al fin callada y entrecortadamente—; siento que mi corazón estalla en mil pedazos... Sé que me persiguen... tratan de llevarme a Madrid... No lo lograrán... antes habré muerto [...].

Ya más sereno, conversamos respecto a la odisea de su viaje realizado en una ambulancia desde la risueña población de Pyla-sur-Mer en los últimos días de junio, hasta Périgueux, acosado muy de cerca por la policía franquista; después del recrudecimiento de sus males, que lo obligaron a pernoctar en Montauban [...] Pero lo que más atosigaba a su espíritu era desconocer la suerte de su cuñado, Cipriano Rivas Cherif y la de su familia, quienes se habían visto obligados a separarse de él, no tanto por cuidar la casa que habitaba en la Gironde, sino por tomar a su cargo los modestos recursos con que contaba y de los que no pudo disponer en el momento de la partida, debido a que, por su mismo estado nervioso, olvidó la combinación del cofre que los protegía y los esfuerzos que hizo por violar la cerradura resultaron fallidos en su apresuramiento.[...]

Le prometí ocuparme con el mayor interés de la familia Rivas Cherif, y de serme posible, recoger los valores y objetos que le preocupaban, para ponerlos a su disposición en algún lugar seguro.

Tuve el honor de entregarle 2.000 francos como primera ayuda de sus gastos, no sin vencer antes la resistencia que opuso en recibirlos y que al fin aceptó en calidad de préstamo, asegurándole al despedirnos que, inmediatamente que pudiera comunicarme con alguno de mis colaboradores, le daría instrucciones de que se trasladara a Montauban para que lo acompañara y atendiera (Segovia, R. & Serrano, F., 2024:239-240).

Mientras, sucedió algo que se repitió muchas veces, la señora Azaña estaba en el pasillo con una refugiada española que le había llevado flores de regalo. Lola pudo sentir el apoyo y la cercanía de los refugiados españoles en Francia. Iban a conversar con ella, a compartir la desgracia del exilio y a consolar a la mujer del presidente.

Si hasta la fecha hemos observado una mujer a la sombra de su marido, ahora vamos a ver a una mujer tomar las riendas de la situación y demostrar su valía –tan discreta– que guardada solo para los más íntimos.

Se trasladaron de nuevo el día 28 de junio a Montauban, esta vez, a la casa del doctor Cabello. Estando allí, Azaña recibió la noticia de que el 10 de julio los hermanos de Lola –Cipriano y Adelaida– y demás familiares habían sido apresados por la Gestapo. A las mujeres las ha llevado a la antigua casa, transcurridos dos días, en arresto domiciliario, pero de Cipriano no sabían nada, así como de dos amigos de Azaña. Sus palabras, salidas de dentro a su mujer, expresaron su sentir: “Esto sí que no lo resisto” (Juliá, 2008: 463). Azaña escribió entonces a su antiguo secretario, Santos Martínez, en petición de ayuda y Lola añadió estas elocuentes letras que muestran el estado en el que se encontraba:

Amigo Santos: no creo necesite decirle en el estado en el que estoy. Nunca, nunca, me he visto con la angustia que estoy hoy. Ni siquiera delante de mi marido puedo contenerme, como lo he hecho tantas veces, quizás será ante la desesperación de poder hacer tan poco. Ya ve usted por Pallette las dificultades que tenemos. Nuestra situación es bien desesperada y, por tanto, yo confío en su cariño de siempre hacia nosotros para que nos ayude a sacar a Cipriano de donde esté. Hubiera querido escribir personalmente a Fabela, pero ignoro las señas, diríjase también a él en nuestro nombre. Y por último sea usted también el encargado de hacer llegar a Manolo (se refiere a su hermano) esta terrible noticia. Con el afecto de Manolo reciba usted el mío también muy sincero su afectísima amiga, Lola (Martínez Saura, 1999: 638).

A continuación, y pese al estado de salud en el que se encontraba, Azaña escribió a su cuñado Manuel, el oftalmólogo, a México donde estaba refugia-

do, solicitando su colaboración para que no deportaran a España a Cipriano y lograr salvarlo¹.

Unos días después, el doctor Monod, que les había atendido hacía unos meses, le escribió para confirmar que Cipriano ha sido trasladado a España. Consciente de la situación de salud en la que se encuentra su marido, Lola buscó otro médico con ayuda de Gómez-Pallete. Acudirá a verle el doctor Paul Pouget de Montauban que logró estabilizar a Azaña cinco semanas.

La localidad de Montauban comenzó a llenarse de falangistas y la hermana del dueño prefirió que sus inquilinos republicanos abandonaran el lugar. Lola llamó al señor Rodríguez, y le pidió que intercediera por ellos para poderse alojar en la embajada de Vichy como Cárdenas les había prometido, pero nada logró Lola en estas gestiones, pues les fue denegado.

Al mes de fallecer Azaña, Lola escribió a Santos Martínez a México y le abrió su corazón contándole los pormenores de Montauban. Si hasta ahora, en los hechos narrados, se descubre a una mujer fuerte y valiente, al desahogarse con su amigo Santos, quien tanto quería a su marido, se descubre a una mujer cuya palabra más repetida en estas letras es *estoy deshecha*. Por su relevancia, puesto que es el testimonio más cercano en el tiempo y a la persona de Azaña, se transcriben aquí amplios párrafos porque dan a conocer quién y cómo era Lola. Al comienzo le explicaba a su amigo cómo se sentía al ver sufrir a su marido y cómo las gestiones de salida de Montauban se frustraban:

[...] La amargura de sus últimos días, por no poderle dar tranquilidad a Azaña. Como se moría hube de impacientarme de que no llegara el permiso para darle el gusto de salir de allí. Afronté incluso el peligro de que no pudiera llegar a los alrededores de Marsella último sitio donde habíamos pensado.

Hasta el último día, lo esperé inútilmente, porque según me han dicho ahora le prohibían salir de allí. [...]

Trató el pobre (se refiere a Felipe Gómez-Pallete) por todos los medios, creyendo más conveniente a su salud el traslado a Suiza, y su disgusto cuando se enteró que no podía hacerlo fue tremendo; ¡cómo no voy a llorar!, cuando leo que se sintió indignado de lo que hicieron, habiendo estado el mismo a Suiza, con el deseo de conseguirlo.

Yo no me he separado de él ni un minuto (se refiere a Azaña), y toda contrariedad grande siempre fue por no poderlo hacer. Al pobre (Felipe) le preocupaba la idea de que aquí pudieran llegar a faltar los alimentos y medicinas necesarios para su cuidado y con este fin se quedaba allí más tranquilo. Pero desdichadamente esa idea ante lo imposible era tremenda.

1 Archivo General de la Nación de México (AGN) Secretaría de Gobernación / Departamento de Migración / españoles / Caja 203 / Expediente 16.

Yo deseaba salir de allí primero porque sabía que habían llegado unos amigos tan pesados como aquellos que Vicente y usted querían tampoco. Segundo y muy importante porque el casero necesitaba un piso y no había donde poderse mudar. Me empecé yo en aceptar el ofrecimiento de un amigo al que al llamarle un día mi marido por teléfono y decirle cómo estaba sin saber dónde ir, le contestó ¿quiere usted venir a mi casa? Y recordando los telefoneé yo de nuevo para decirle que estaría muy contenta de poderlo hacer y esto se lo pedí al cabo de varios días de haber hecho su ofrecimiento. Quedamos en el día y hasta en la hora de venir a buscarnos y cuando la tarde antes fue a despedirme del prefecto, este nos explicó que sin recibir él una orden, no nos podíamos marchar. Efectivamente, a la mañana siguiente, al llegar nuestro amigo que creíamos traería el permiso, pero nos quedamos decepcionados de verle aparecer sin él y sin posibilidad por tanto de movernos².

A cambio, el embajador decidió dejarle al matrimonio, Antonio Lot y el doctor una habitación en el Hotel du Midi, de baja calidad, en Montauban costeados por la embajada de México. Era 15 de septiembre. Lola sintió una profunda desconfianza hacia la comida del hotel en relación con el cuidado del enfermo y le pidió a Antonio Lot que la preparara él mismo. Pero los dueños del hotel se negaron.

Un nuevo ataque cerebral puso a Lola en alerta ante un desenlace grave y próximo. Se solicitaron a las autoridades mexicanas que intercedieran ante las francesas para que la familia de Lola acudiera a ver a Azaña y acompañar a su hermana. Pero todas las gestiones fueron ineficaces. Adelaida y la mujer de Cipriano estaban confinados en *El Edén* y a pocos kilómetros, Lola con Azaña sola en Montauban. Acudió a ver a su marido enfermo el doctor Pouget que aconsejó llevarse a Azaña a un lugar más tranquilo: Aix en Provence pero las autoridades no accedieron.

A continuación, Lola narró en su carta a Santos cómo fracasados los intentos de salir, volvieron al hotel y su marido empeoró:

Fue entonces cuando nos fuimos por la tarde al Hotel, el enfermo pasó muy bien la noche, y a la mañana siguiente, nuestro amigo se despidió, para ver de conseguir la autorización para viajar nosotros. El enfermo siguió pasando muy bien la mañana, pero el pobre muy disgustado de no haber no haberse podido ir a sitio mejor que allí. Comió también muy bien y después se echó un rato para dormir la siesta. Sola con él le vi descansar tranquilo después de un gran rato y al levantarse vi con horror que tenía

2 Carta de Lola Rivas Cherif a Santos Martínez Saura, Vichy 2 de diciembre de 1940. Archivo Asociación Manuel Azaña (AMA), Fondo Santos Martínez Saura (FSMS) Caja 6, s.15. 1328.

la cara completamente torcida. Intentaba decirme algo, pero no lo pude entender. Con la impresión que puede comprenderse salí al pasillo a buscar a Felipe o a Antonio, este último no había vuelto de un recado y Felipe tampoco estaba. La llegada, afortunada de Gasset también, se marchará casi sin saludarme, volviendo con un médico minutos después. Cuando le vio, comprobó que era un ataque de hemiplejía y que estaba muy mal. El amigo que no había llegado más que a Toulouse, enterado de la gravedad, se volvió.

En Montauban aquella noche con dolor horrible hubo un momento que Felipe, con el pulso cogido, me avisó que la vida del enfermo se acababa. Con asombro de todos reaccionó, y desgraciadamente, ahora veo como no debí ponerme contenta de esa mejoría que no ha servido más que para que tuviera mes y medio de sufrimiento espantoso con la idea puesta en mis hermanos y los niños y su cabeza a vez desvariaba más mejorado su estado general. Yo misma insistí en trasladarle a otro sitio que no fuera el ese triste sitio y sin el menor detalle de confort, para ver sí, variando el ambiente en el que vivía, podía descansar algo de su estado nervioso.

En vista de que mi amigo nos anunció que probablemente conseguiría nuestra ida hasta la Provenza, busqué el médico que sustituyera a Felipe en nuestro viaje, las personas de la familia de nuestro amigo, que se habían quedado acompañándonos, se marchaban diciéndonos al día siguiente, llegarían otros y esperando a estos últimos, siempre con impaciencia, el pobre que no vio ya no vio a nadie más, dejó de vivir siempre con la misma angustia y sus palabras constantes: “Si no me sacáis de aquí me moriré”. Las tengo clavadas en el alma, como un dolor más de tantos como me quedan³.

Esas palabras de Azaña a su mujer, “si no me sacáis de aquí me moriré”, le causaron un enorme dolor ante la imposibilidad de conseguirlo. La Gestapo, por un lado, las gestiones de Vichy que no salían y Azaña muy enfermo hundían, por días, a la mujer fuerte. Y a ese dolor se le unió, el otro gran sufrimiento: su familia.

Un día a finales de septiembre acudió al hotel una monja que deseaba ser atendida por Lola. Le había indicado Gasset donde se encontraba Lola, refugiado también en Montauban y el que les había alquilado la primera casa. Lola desconfiaba de lo que quería esta mujer y no salió a verla. Le hizo saber que solo acudía a ella para interceder ante el ministro de México por unas familias judías que necesitan salir de Francia. Lola recapacitó e hizo las gestiones pertinentes y estas familias abandonaron el país. Una de aquellas familias, los Marcuson, en agradecimiento a Lola, al morir Azaña, le ofrecieron una sábana de lino para amortajarlo (Rivas, 1980:506).

3 Carta de Lola Rivas Cherif a Santos Martínez Saura, Vichy 2 de diciembre de 1940 (AMA), (FSMS) Caja 6, s.15. 1328.

Dio comienzo una amistad entre estas dos mujeres: la religiosa y la esposa de Azaña. Sor Ignacia pertenecía la orden de san Vicente de Paul y dirigía el *Secours Catholique* por lo que conocía a muchas personas de la zona. Lola le pidió a sor Ignacia que localizara al padre donostiarra José Gonzalo Zulaika Arregi (1880-1956) que se encontraba exiliado en Toulouse para pedirle que intercediera por Cipriano. Lo buscó por todos lados, pero logró encontrarlo.

En esos días de octubre, con gran aparato de campanas, se anuncia la llegada de un nuevo obispo. Azaña se empeña en conocerlo. No sabía Lola a qué se debía ese deseo. Pero tardó en cumplirlo pensando que era un desvarío como consecuencia de la enfermedad que padecía.

El 15 de octubre se cernió sobre Lola un duro golpe. Como cada mañana, había acudido Antonio Lot a la habitación del doctor Gómez-Pallete en busca de su ayuda y descubrió que se había suicidado. Por lo visto, mantenía desde hacía tiempo una relación sentimental con una mujer francesa dependiente de una confitería cercana cuyo marido estaba preso en aquellos momentos. En cuanto el marido quedó libre, Gómez-Pallete se vio metido en un lio y decidió quitarse la vida. A Lola se lo ocultaron durante unas horas. Sor Ignacia fue la encargada de decirle la verdad y consolar a Lola. Era tal la situación de Azaña que prefirió no contárselo nunca. Un gesto que dice mucho de Lola fue que pagó la sepultura de Gómez-Pallete en Montauban⁴.

El licenciado Rodríguez publicó una carta póstuma del doctor Gómez-Pallete, recibida en Vichy, el 3 de octubre de 1940. Se transcribe a continuación:

En la correspondencia de hoy se recibió la siguiente carta consignada a mí y que probablemente el doctor depositó en algún buzón de la calle, momentos antes de suicidarse, o la envió al correo central por conducto de algún mensajero. Los sellos de la oficina, que corresponden al día de su muerte, así lo demuestran. Con la avidez necesaria del caso repasé aturrido estos renglones: “Mi querido ministro: Pocas líneas para decirle adiós. Le había jurado a don Manuel inyectarlo de muerte cuando lo viera en peligro de caer en las garras franquistas. Ahora que lo siento de cerca me falta valor para hacerlo. No queriendo violar este compromiso, me la aplico yo mismo para adelantarme a su viaje. Dispense este nuevo conflicto que le ocasiona su agradecido, Pallete”. Mayor sacrificio en la vida de un hombre no es posible esperarlo. La inmolación de este pundonoroso soldado de la República, en aras de su jefe y amigo, no debe perderse en las modestas páginas de este diario. Su nombre reclama perpetuarse en bronce cuando España sea libre, para ejemplo de las generaciones futuras y vergüenza de los sayones que acompañaron a Franco en su nefasta tarea de exterminio” (Segovia, R. & Serrano, F., 2024:267).

4 Entrevista oral de la autora a Isabelo Herrero en la sede de la Asociación Manuel Azaña, 30 de diciembre de 2024.

A finales de octubre se publicó la noticia de la condena a pena de muerte de Cipriano. Lola, mientras acompañaba las veinticuatro horas del día a su marido muy enfermo, se puso a “redactar cables a amigos y enemigos repartidos por todo el mundo, que pudieran ayudarnos a evitar tu fusilamiento” (Rivas, 1980:509). Acudió Lola, en seguida, a sor Ignacia y esta le llevó la obispo Theas (1894-1977). Monseñor escribió dos telegramas: uno a Franco y otro a Roma. Al día siguiente, inquieto porque no recibía contestación de España, el obispo de nuevo acudió al hotel por si Lola sabía algo. Para no alarmar al enfermo, que era el gran temor de Lola, se le dijo que se trataba de una visita de cortesía. Siguió interesado por la salud de don Manuel y quiso volver acompañado de un sacerdote español refugiado en Francia. Lola le impidió la entrada al sacerdote y, en cambio, quiso que entrara el obispo debido a su insistencia. A Lola le atormenta la idea de no cumplir con la voluntad de su marido.

Mientras, la carta de Lola al Papa Pío XII había surtido efecto. Desde la Nunciatura se comunicó a Luis Ignacio la conmutación de la pena de muerte de Cipriano del siguiente modo:

Inesperadamente se presentó en mi Hotel et Villas des Lilas el decano del cuerpo diplomático, monseñor Valerio Valeri, para conversar conmigo. Ignoro todavía si su actitud -tanto más amable cuanto que no tenemos relaciones con el Vaticano- [...] -Anoche recibí un cable de S.S. el papa comunicándome, para hacerlo saber a la señora Azaña, que gracias a su paternal interés por el señor Cipriano Rivas Cherif, expresado en forma muy especial al generalísimo Franco, el gobierno de Madrid tuvo a bien conmutarle la pena de muerte, con que lo habían sentenciado los tribunales, por la de prisión perpetua, que habrá de cumplir en alguna cárcel de España. Supuse que le halagaría conocer este informe y por eso he venido, lo mismo que para indagar las señas de la familia del indultado, que no tengo la menor idea de dónde pueda encontrarse. - ¿Su Excelencia intervino en este asunto? -Desgraciadamente no. Me cogió de sorpresa la generosa mediación de Su Santidad que pone de manifiesto, como siempre, su extraordinaria magnificencia. -Pero ¿alguien la habría implorado? -Puede ser; aunque en casos tan dolorosos como éste se hace común la obra espontánea. -Le quedo muy reconocido a su gentileza, Excelencia. La señora Azaña reside en el Hotel Midi de Montauban [...] (Segovia, R. & Serrano, F., 2024: 269).

En seguida llamó Rodríguez a Lola para comunicarle la noticia como recogió a continuación en su libro de datos:

¡Cuánta alegría le produjo recibir el recado del nuncio! -Pero ¿será cierto, ministro? -Él mismo me lo ha confiado. -Entonces, ¿vive mi hermano? -Sí señora, y para muchos años en prisión perpetua. -No le hace; algún día saldrá. El patíbulo era lo que me

horrorizaba. -Y, ¿por qué intervendría Su Santidad? -Porque se lo pedí yo misma, en un cable angustioso que le puse a Roma invocándole su auxilio. -Y, ¿mencionó usted también a los desventurados compañeros de Cipriano? -¡Qué cosa más terrible! Olvidé hacerlo, ministro, olvidé hacerlo para ellos con la obsesión de mi pobre hermano. ¡Qué espantoso descuido! ¿Cómo poder ahora remediarlo? -Ya es inútil, señora; no se atormente más por algo que era imposible de evitar. Los fusilaron el lunes. Y rompió a llorar; advertí sus sollozos en el audífono. Me desgarró su pena. Ella, la mujer fuerte, la sacrificada, la estoica en los días agónicos del titán; ella, la que endulzaba su vida, la que abanderaba su causa, la que sacaba fuerzas de su desfallecimiento para no dejar que la muerte lo abatiera y privar a España del más austero de sus repúblicos; ella, la descendiente de nobles africanos, la dama excelsa de su patria, la compañera del líder en sus épocas de gloria y en sus avatares de infortunio, se llamaba culpable del sacrificio de este último puñado de leales y se desplomaba de angustia por su holocausto, cuando no tenía otra responsabilidad moral que la de haberlos omitido en su plegaria o de postergar su afecto por el que sentía nacido en su propia entraña. Sé bien que al conocerse esta anécdota no faltarán manos dispuestas a buscar la piedra capaz de lanzarla en golpe avieso que medre sus virtudes. Al referirla tomo de antemano el partido de su defensa. Desgalichado su espíritu por la tormenta que lo azota, resulta fácil justificar, por grave que sea, cualquier descuido de su parte (Segovia, R. & Serrano, F., 2024:270).

Parece que por intercesión del Papa Pío XII, Cipriano quedó libre de la pena de muerte.

Una visita inesperada, Hernández Saravia, alivió la soledad de Montauban. Este se quedó con sus amigos hasta el final. Había estado en un campo de concentración y había solicitado varias veces salir para ver a Azaña. Se lo habían negado. Entonces resolvió fugarse y acompañar a su amigo hasta el final de sus días.

Azaña insistió en volver a ver al obispo y Lola era la que se resistía por si se trataba de la demencia que empezaba a acuciarse. A los pocos días, Azaña se quejó a Hernández Saravia de que su mujer no le permitía ver al eclesiástico. Este convenció a Lola para que lo llamara. Así fue como, el 28 de octubre, avisaron a sor Ignacia y a Monseñor Theas, quien siempre llamó a Azaña “Monsieur le Pressident” (Aguado, 1986: 345-246).

Pero Lola, tan reticente hasta el momento, cambió de opinión de repente viendo que su marido empeoraba rápidamente pasadas las 20 de la noche del día 3 de noviembre. Entonces, hizo llamar a sor Ignacia y “esta más tarde, cumpliendo mis deseos igualmente, volvió acompañada del obispo” (Rivas, 1980: 510). Lola conocía la profundidad espiritual de su marido pues había recibido una educación religiosa que había dejado una enorme huella. Una

crisis de conciencia y algunos modos de hacer de la Iglesia le habían separado, pero eso no le impidió haberse casado en una ceremonia religiosa, ni acompañar en ocasiones a su mujer a misa y siempre, había mantenido un gran respeto por la práctica religiosa de los demás: para él, ser religioso era una opción privada y personal y no toleraba la imposición (Núñez, 1996:183). Lola conocía el fondo de su marido y tras muchas vacilaciones, accedió a lo que consideró que eran sus deseos.

A las 23,45 del 3 de noviembre fallecía Azaña en compañía de Antonio, Hernández Saravia, el obispo Theas, sor Ignacia, Francisco Galicia (escultor) y Lola. Poco después, su mujer, tuvo que ser atendida porque se derrumbó. A la mañana siguiente Lola volvió a visitar al obispo. Hablaron del entierro. Quiso la viuda poner una lápida con la inscripción de Manuel Azaña 1880-1940 y una cruz. Fue Lola quien insistió en la presencia de la cruz en la tumba. Se lo pidió a Francisco Galicia, escultor, encargado de diseñar la sepultura. Cuando le enseñó el diseño ella comentó. “-No ha puesto usted la cruz...a mí me gustaría que tuviera una cruz”. -Pues ino faltaba más Lola! Si usted quiere que tenga una cruz, la tendrá. Y la tuvo” (Carabias, 1980: 265). Y a Cipriano le comentó: “Dime- le decía a Cipriano-que no he hecho mal. -Has hecho bien. - Él ya tiene lo que quería. Su paz” (Rivas, 1980: 511).

Mucha tinta se ha derrochado con la muerte de Azaña y la intervención del obispo al final. Una entrevista de Julio de Jauregui al obispo, publicada en 1975, dice así:

Querido Señor, he sido interrogado frecuentemente sobre la muerte del señor Azaña por lo que hice imprimir el texto que le adjunto.

1º El presidente Azaña tenía una fe real. Rezaba incluso cuando perseguía a la Iglesia. Respondió en latín a las oraciones de la Extremaunción y recitó el Confiteor. Se asoció a las invocaciones que yo le sugería: Jesús, María y José, etc.

2º El consulado de México pagaba los gastos del hotel en Montauban. Por esta razón, México impidió el entierro religioso. P. Theas⁵

Cuando Josefa Carabias relató la muerte de Azaña señaló lo siguiente:

Poco después de llegar Azaña a Montauban, le visitó el obispo, que por cierto era nuevo en la diócesis. Azaña le recibió bien porque ya sabes que era un hombre cortés y sostuvieron una larga conversación en la galería de cristales del hotel. Al salir a despedirle, don Manuel prometió al obispo devolverle la visita tan pronto como su salud se lo

5 *Blanco y Negro*, 20 de diciembre de 1975.

permitiera. Si se confesó o no es cosa que nadie me ha dicho ni yo lo he preguntado a nadie. Lo que sé es que después, cuando las gestiones para conseguir el indulto de Cipriano, el obispo estuvo en contacto con Lola e hizo todo lo que pudo. Más tarde cuando don Manuel estaba ya muriéndose, el obispo volvió al hotel. Esta vez creo que fue llamado por Lola quien, como sabes, fue siempre muy piadosa (Carabias, 1980: 264).

En una entrevista realizada por RTVE le preguntó Vilaret a Lola si tuvo algún problema por la religión con su marido, y respondió: “No tuvimos jamás ningún problema. Me recordaba que fuera a Misa”⁶.

Luis Ignacio Rodríguez, hizo saber que Carlos de Juan le envió esta carta de agradecimiento por el trato y la protección otorgados a Azaña y a Lola el 25 de noviembre de 1940:

Ilustre y admirado amigo (Luis): A los desvelos y fatigas que le hemos ocasionado los refugiados españoles y a las emocionadas pruebas de cariño que constantemente recibimos de su parte para que hagamos más llevadero el amargo destierro en que vivimos, viene a sumarse un nuevo gesto de usted que obliga eternamente a los republicanos: su ilimitada solicitud para nuestro querido presidente Azaña hasta el momento en que dejó de existir. No hay palabras para calificarle. Ninguno de nosotros habría hecho tanto como usted, que con filial afecto lo acompañó en sus últimos días haciéndose cargo después de su dignísima viuda, tal y como lo había prometido. Al paso que vamos pronto habremos de reunirnos con el amigo muerto. Sirvan estas líneas para renovar mi gratitud por todo y en nombre de todos los que aquí estamos viviendo por la generosidad de su patria. Lo saludo cordialmente, Carlos de Juan (Segovia, R. & Serrano, F., 2024: 88).

Un episodio emblemático de su compromiso se evidenció en el funeral de Azaña, cuando las autoridades francesas prohibieron el uso de la bandera tricolor republicana. Ante esta restricción, Rodríguez ordenó cubrir el ataúd del expresidente con la bandera nacional de México.

Acabado el entierro, se ofreció de nuevo el ministro mexicano a hacerse cargo de la viuda como relató en sus documentos. Ella portaba documentos inéditos de su marido de los que no quiso separarse. Esa misma tarde, partieron de Montauban y realizó el viaje en coche, acompañada del ministro, Francisco M. Vaca, Agustín Alva Cejudo y Alfonso Castro Valle, con gran fortaleza y serenidad. Se instaló en Hotel Villas des Lilas. A los dos días acudió a estar con ella Hernández Sarabia, que no la dejó hasta que Lola embarcó meses después para Marsella.

6 <https://www.rtve.es/play/videos/mujeres-para-una-epoca/mujeres-para-epoca-20101012-1817/900744/>. Min. 8.

El ministro Rodríguez envió el siguiente mensaje al gobierno francés. Vichy, 7 de noviembre de 1940:

Desde fallecimiento señor Azaña recogí a su viuda; habita en esta Legación. Cadáver embalsamado déjelo depositado Montauban sufragando gastos fondo Auxilios. Cualquiera ayuda económica concediera nuestro gobierno señora Azaña sería oportunísima. Ministro Rodríguez (Segovia, R. & Serrano, F., 2024: 280).

No tardó en recibir respuesta de México felicitándole por la ayuda prestada a la viuda. Cuentan los testimonios que Lola pasó en su habitación del hotel de la Legación de Vichy los días siguientes del que solo salía para comer en el restaurante del hotel. Cuando llegaba se ponían todos los comensales en pie en señal de respeto hasta que tomaba asiento. Frecuentemente recibía flores y las agradecía con palabras llenas de bondad. Su cabeza y corazón seguían en Cipriano, preso en Madrid, en su mujer e hijos y en su hermana Adelaida, cautivos en la casa del sur de Francia. Dio las gracias al presidente Cárdenas por su ayuda. Y se dispuso para salir al país mexicano en cuanto le fuera posible reunirse con los suyos solicitando –previamente– el asilo político.

Mientras escribió a Santos y su mujer, Lola, algunas cartas de las que se reproducen textos elocuentes del sufrimiento de doña Lola en aquella situación:

Por mis hermanos todavía saco fuerzas para sonreír. Si no fuera por ellos, me dejaría hundir del todo en esta vida tan llena de dolores y en la que no me queda nada sino una tristeza horrible difícil de vencer cuando tanto he perdido.

Mucho he agradecido al amigo mayor Isidro⁷ cuánto quiso hacer mi pobre marido. A la señora la puse un telegrama para hacérselo saber porque es el único que quiso darle tranquilidad. Aquí estoy ahora esperando poder reunirme un día con mis hermanos y este amigo con toda simpatía me atiende a mí y a mi gran amigo don Juan.

Y con las poquísimas noticias que tengo de mi hermano voy viviendo día tras día esta pesadilla horrible. Menos mal que gracias a la familia de Isidro estoy aquí con la esperanza de que algún día pueda abrazar a los niños. Cuando iba terminar, me dicen que los niños, los niños y su madre y su tía no vienen por ahora ¡hasta cuándo resistiré!

7 Se refiere a Isidro Fabela, representante de México ante la Sociedad de Naciones y que fue la voz que denunció en los foros internacionales la tropelía que se cometía con España, así como el primero que propuso la acogida de refugiados españoles en México, por haber conocido desde el principio la dimensión de la tragedia de los campos de concentración y los peligros del nazismo. Isabelo Herrero, *Infolibre*, 3 de noviembre de 2020.

En una hoja aparte, sin fecha, pero presumiblemente perteneciente a esta misma carta o cercana en la fecha, escribió:

Cuando este padecer de todos se haya acabado, me dejaré hundir del todo en mi dolor, contenta de que estos hermanos que tanto quiero puedan de nuevo encontrar su felicidad tan merecida, ya no me quedará si no seguir llorando lo que yo he perdido para siempre para siempre. Me dicen que ahora ya está más próximos la venida de mis hermanas, ya no sé si creerlo ipobre Manolo cómo las espero! Mucho le agradezco a usted su afán de que me vaya con José Manuel al pueblecito donde vive, creo que mi hermana estará de acuerdo conmigo en no dejar tan solo a su pequeño, yo pienso animar a que sean los niños y la madre, los que se vayan a mejor clima, y nosotras estar lo más cerca posible del colegio del chico. Dígales a los amigos que de verdad hayan sentido el honor del sufrimiento de un marido que acabó con él, cuánto se lo agradezco, que estoy deshecha y que no les extrañe que poco a poco sea como les vaya haciendo llegar yo mi gratitud. Desde que estoy aquí nada he sabido de la hermana de Rocío ni de sus tías y con impaciencia espero todos los días alguna carta de ellas.

Reciba amigo Santos mi recuerdo muy afectuoso con el consuelo para usted de que mi marido le recordaba constantemente, satisfecho de sentirse tan querido, por usted, que no le abandonó nunca. Yo todo lo que hizo por él lo que le quería, su afectísima amiga Lola.

En una carta, del 23 de diciembre de 1940 escribió:

Amigo Santos: no creo necesite decirle en el estado en el que estoy. Nunca, nunca, me he visto con la angustia que estoy hoy. Ni siquiera delante de mi marido pude contenerme, como lo he hecho tantas veces, quizás será ante la desesperación de poder hacer tampoco. Ya ve usted por Pallette las dificultades que tenemos. Nuestra situación es bien desesperada y, por tanto, yo confío en su cariño de siempre hacia nosotros para que nos ayude a sacar a Cipriano de donde esté. Hubiera querido escribir personalmente a Fabela, pero ignora las señas diríjase también a él en nuestro nombre. Y por último sea usted también el encargado de hacer llegar a Manolo su otro hermano ya citado esta terrible noticia. Con el afecto de Manolo reciba usted el mío también muy sincero su afectuosísima amiga Lola.

Me siento cada vez más caída y mi cariño hacia los que me quedáis me parece todavía mayor que el que tuve siempre pobre Manolo ino le olvidéis! ⁸.

De la carta emanaba una tristeza de quien se ha quedado sola, viuda, en el exilio y con su familia bajo arresto. Mucho debió ser el sufrimiento de Lola en aquellos terribles momentos del exilio.

8 Carta de Lola Rivas Cherif a Santos Martínez Saura, Vichy 2 de diciembre de 1940. (AMA) (FSMS) Caja 6, s.15. 1375.

Tres meses después pudo reunirse con su hermana Adelaida, así como con Carmen, la mujer de Cipriano y sus hijos. No estuvo desprovista de dificultades la salida, como se desprende de los telegramas enviados por Lola a Santos en los que le escribió: “Dificultades imprevistas. Urgen fondos para la familia. Proyectamos avión. Rivas”. Tres días después, quien pone el telegrama es Adelaida: “Imposible conseguir pasaje al mismo tiempo. Amigo Isidro. Ayúdenos influencia podemos hacer. Adelaida Rivas” y el 18 de mayo: “Imposible avión. Salimos para Santo Domingo enviados fondos pedidos continuación viaje. Lola”⁹. Finalmente, el 1 de abril zarparon desde Marsella en un carguero, compartiendo espacio con otros cuatrocientos refugiados. La travesía incluyó escalas en La Martinica y Nueva York, culminando con su llegada a Veracruz el 23 de junio de 1941.

⁹ Telegrama de Lola Rivas Cherif a Santos Martínez Saura, 16 de mayo de 1941. (AMA), (FSMS) Caja 6, s.15.

IX

DOÑA LOLA EN MÉXICO Pobre Manolo, ¡no lo olvidéis!

México se consolidó como el segundo destino más importante para los exiliados republicanos españoles tras la Guerra Civil Española (1936-1939). Según estimaciones, más de 20.000 republicanos españoles se establecieron en México durante el conflicto y en los años posteriores a su finalización. Este flujo migratorio estuvo motivado por la política de acogida del gobierno mexicano, liderado por el presidente Lázaro Cárdenas, quien mostró una solidaridad activa con los refugiados españoles, otorgándoles asilo y oportunidades de integración en el país.

Los exiliados contribuyeron significativamente al ámbito cultural, educativo y científico de México, destacando en instituciones como El Colegio de México y en la fundación de proyectos editoriales como el Fondo de Cultura Económica. La llegada de este grupo de intelectuales, artistas y profesionales marcó un impacto duradero en el desarrollo cultural y académico del país. Como señala Egido, países como México se beneficiarían de ese éxodo, en sus universidades, en su sociedad, mientras España se vio privada de toda aquella riqueza, obligada, por el exilio, a fructificar fuera de sus fronteras (Egido León, 2020:154).

Los refugiados republicanos españoles ofrecieron un importante apoyo material y moral a la joven viuda de Azaña, a quien percibían como símbolo de lealtad a los ideales y principios defendidos por su esposo. En la Ciudad de México residían, su hermano Manuel, que trabajaba como en España de oftalmólogo, y la familia de la esposa de Cipriano, junto con un nutrido círculo de amigos españoles y mexicanos.

Allí se encontró con su antigua amiga Ernestina de Champourcin y con los demás exiliados españoles que fueron su apoyo emocional. Domenchina publicó sus memorias de la II República y la guerra por fascículos en un periódico mexicano¹. Además, escribió un artículo dedicado a su amigo Azaña que llevó por título: *Un entendimiento ejemplar. Don Manuel Azaña, escritor y político* (Domenchina, 1952). Quiso escribir su biografía, como muchas

1 Juan José Domenchina, "Pasión y muerte de la República Española", *Hoy*, México, 1941. AGUN 147/25

veces le había prometido a Azaña, pero la enfermedad y la muerte le pillaron de improviso y no pudo culminar su deseo.

Lola siempre iba vestida siempre de luto. Llevó una existencia discreta en un modesto apartamento que compartía con su hermana Adelaida. Dedicada al cuidado de su entorno familiar, también enfocó sus esfuerzos en la liberación de su hermano Cipriano.

La vida de Lola en la ciudad de México D.F. estuvo marcada por la austeridad y la sencillez, características que definieron sus más de cinco décadas de exilio. Durante sus primeros años en el exilio, enfrentó serias dificultades económicas, por lo que dependió de la ayuda familiar y de algunos trabajos domésticos para subsistir. A pesar de ello, su figura se mantuvo como un símbolo de referencia para numerosos republicanos españoles, quienes la admiraron por su vida sobria y por su compromiso con la memoria de su esposo y del exilio republicano.

Su presencia en eventos públicos quedó limitada a los homenajes anuales a Azaña cada 3 de noviembre, excepto en 1946, cuando viajó a Montauban para honrar su memoria junto a su sepultura.

En México, no hizo falta que escribiera a Santos, pues lo tenía cerca de su casa. En cambio, sí que lo hizo al llegar a Montauban para el homenaje de su marido. Se transcribe aquí un fragmento extenso de la carta dirigida a su amigo desde París, donde hizo parada antes de acudir a Montauban, el 1 de septiembre de 1946:

Querido amigo Santos por la carta última dirigida a la familia y que me imagino habrá usted leído también tendrá usted ya noticias de nuestra llegada a París, Francia.

Desde México, me imaginaba la impresión que iba a sentir volviendo a Francia, pero todo eso poco al lado de lo triste que me siento aquí donde los recuerdos son tantos. Así no he podido ver a Antonio. Le he mandado varios recados y le he telefonado dos o tres veces sin tener la suerte de encontrarle.

Suspendí ayer aquí la carta ante la visita de un grupo de señoras y señores de Izquierda Republicana que se presentó mientras la empecé. El matrimonio Ballester, Gonzalvo, Carlos de Juan y otros socios, que no sé decirle a usted bien quién es eran, pero entre los cuales había de todo ¡para encogerle a una el corazón! El presidente actual del grupo de Izquierda Republicana de París estuvo deportado en un campo de concentración de Alemania, donde sufrió el pobre lo indecible. Pocos me dijeron que habían sobrevivido y de los que quedaban se van muriendo poco a poco, la mayor parte en sanatorios de Suiza y en París. Otra señora, mujer de uno de ellos que venía que, según creo, era magistrado en España después de contarme qué sé yo de todo lo que había adelgazado me enteré, también, de que la sordera que tiene, sin entenderlo

apenas lo que hablaba a pesar del aparato que llevaba, se debe a la debilidad. En fin, que me pasó un rato horroroso, oyéndolos, y recordando con ese motivo a mi marido, que tanto padeció pensando en el sufrimiento de las gentes.

Hasta aquí Lola recogió los testimonios de quienes estuvieron en el exilio en Francia y tropezaron con las desgracias de la II Guerra Mundial. Sufrió escuchándolos. Sin embargo, esta visita fue consoladora para Lola por lo que contó a continuación:

Me pidieron que los acompañara en una visita que piensan hacer a Montauban. ¡No tiene usted idea con qué emoción corresponden a lo que mi marido pensó en ellos! Después me pidieron también que figurasen en un Comité de Honor de señoras para apoyar la ayuda que los republicanos desamparados en Francia. En la visita a Montauban con ellos sé lo que me espera y en cuanto a lo de formar parte del comité, usted me conoce bien para saber lo poca aficionada que soy a esas cosas, que no creo que sirvan para nada. Pero no supe decir que no a cuánto me pidieron, estaba tan impresionada. Me dejaron, después de haber estado escuchando lo que ha ido ha sido el tormento de cada cual, en estos terribles años.

En nuestra ausencia del Hotel había venido Antonio es un al fin, poco después nos telefoneó y a las nueve lo teníamos aquí. No necesito decirle a usted cuánto hablamos cuánto nos emocionamos y al despedirse de nuevo lo que lloramos le dimos su pulsera y nos dijo que también tiene la de Menéndez. Ni de este ni de Sarabia, hemos vuelto a saber ni una palabra, al primero desde que nos separamos en la estación y al segundo desde el Hotel donde me acompañó con Giral. Uno de los días trataré yo de ponerme en relación con ellos para ver si todavía viven. El hijo de don José (se entiende que es José Giral) ha venido varias veces ya de parte de su padre por si necesitamos algo y a él le dimos unos billetes para cambiar mañana. [...]

Los que están muy solícitos son los Sánchez Guerra. Han venido y nos llaman por teléfono para saber si nos pueden acompañar a alguna parte, y si necesitamos algo y pasado mañana hemos quedado a comer reunidos. Esta mañana se fue Adela a ver a la hermana de Salud (es Salud Lobo, la mujer de Manuel Rivas) que está en un sanatorio. Nos dijo Giner que hacía unos días la habían operado [...]. Se presentó, según nos contó Giner, a ver al presidente para pedirle dinero, [...] y que además Manolo y Salud también la iban a mandar dinero. Ya le dijimos a Giner que la cantidad que Salud nos había dado era insignificante, solo fueron 10 dólares y aquí nos han dado 50.000 (no se entiende la moneda dólares, francos). [...] Espero que no nos olvide Vd. Reciba usted el cariño de su buena amiga Lola².

Después de encontrarse con todos aquellos exiliados y con tanto cariño a

2 Carta de Lola Rivas Cherif a Santos Martínez Saura, 1 de septiembre de 1946. AMA, (FSMS) Caja 6, s.15. 1375.

su marido, continuó –con más ahínco– su principal ocupación durante estos años: preservar la obra escrita de su esposo. Desde el final de la Guerra Civil Española hasta 1961, se había escrito muy poco sobre Manuel Azaña. En los archivos mexicanos se conserva documentación del intento de rescatar la biblioteca y archivos de don Manuel en Francia. Hay una serie de cartas y peticiones a Gilberto Bosque, Cónsul General de México en Francia, en las que Lola solicitó mantener sus cosas en la Embajada para que no se perdieran³.

Para finales de 1947, ya con Cipriano liberado, asumió la tarea que consideraba su mayor compromiso: la publicación y difusión de la obra escrita de su marido. Este proyecto, lleno de retos y dificultades, no logró materializarse plenamente hasta la década de los sesenta.

Un avance significativo en el estudio de su figura ocurrió en 1963, con la publicación de la primera biografía cuidadosamente documentada. Este impulso se consolidó –a partir de 1966– con la edición de las *Obras completas* de Azaña, preparada y prologada por el destacado intelectual Juan Marichal. La edición de las *Obras completas* fue supervisada directamente por la viuda de Azaña, jugó un papel fundamental en el rescate y preservación del legado intelectual y político de su esposo. Según parece, su intención era que esta publicación fuera acompañada por *Retrato de un desconocido*, una obra que, en su opinión, completaría la semblanza política de Azaña con una visión más íntima y personal de su vida privada. Esta dualidad entre lo público y lo privado reflejaba el afán de Rivas Cherif por ofrecer una representación integral del expresidente, destacando tanto su faceta como estadista como los aspectos más humanos de su trayectoria. El camino que tuvo que recorrer Dolores de Rivas Cherif para materializar su anhelo de dar a conocer la obra literaria y las memorias de su esposo, el presidente Manuel Azaña, estuvo lejos de ser sencillo. Durante más de una década enfrentó numerosos obstáculos, entre ellos las constantes negativas de diversas editoriales mexicanas y la oposición de la familia de Azaña que no quería dar a conocer el pensamiento de su tío.

A menudo, estas dificultades estaban influenciadas por la intervención de ciertos sectores políticos del exilio republicano, quienes veían con recelo la publicación de los escritos de Azaña. Temían que el análisis y las reflexiones plasmadas en su obra pudieran cuestionar o contradecir las narrativas oficiales que algunos grupos mantenían sobre la Guerra Civil Española y la Se-

3 Correspondencia de Dolores de Rivas Cherif a Gilberto Bosque, México 17 de diciembre de 1945. Dirección General del Acervo Histórico Diplomático, APGB-ACT-DIP-Caja 2 Exp. 13

gunda República. Este contexto convirtió la labor de Dolores en una empresa compleja y prolongada, marcada por la perseverancia y el compromiso con la memoria de Azaña.

Tras la muerte de Franco en 1975, inició la labor de dar a conocer dichos escritos en España, cumpliendo así un propósito largamente anhelado.

Así la describió Emilio Casinello Aubán que fue embajador de España en México:

Mis tres residencias mexicanas -1939-1957, 1977-1979, 1982-1985-, de una u otra forma, remiten a esta gran figura de la sencillez. Mis memorias infantiles, niño exiliado en el México de los cuarenta y cincuenta, están, en efecto, llenas de estas imágenes, junto con las de otras personalidades republicanas. Doña Lola, en este contexto, representaba en la tragedia la serenidad, y en el extrañamiento, la grandeza moral y humana. Su modesta casa acogía a todos como símbolo de reconciliación y necesaria unidad⁴.

El ministro Rodríguez dejó escrito de ella algo muy característico:

Nunca le escuché una frase que fuera capaz de herir al régimen de Franco, ni tampoco conocí en su espíritu sentimientos de rencor hacia los verdugos de sus familiares. La miseria de los desterrados afincó su garra en el corazón de la pobre viuda y más de una vez le vi enjugar lágrimas de dolor al enterarse de nuevos infortunios para aquéllos. Cierro estos apuntes que no tienen más mérito que la verdad histórica que entrañan, con algunas líneas de su parte, que al hurgarlas de mis recuerdos reviven un infausto pasado y tonifican aquella amistad nacida en el sufrimiento, apoyada en la comprensión y que florece ahora en las tierras de América rescatadas al odio y la barbarie (Segovia, R. & Serrano, F., 2024: 282).

4 Emilio Casinello, “Una gran dama”, *El País*, 10 mayo 1993.

EL CAMINO A LA RECONCILIACIÓN

Tras la muerte de Franco, subió al trono español Juan Carlos I casado con Sofía de Grecia. Los monarcas, durante el tardofranquismo, habían procurado ganar la confianza de los españoles preparando el momento final de la dictadura. En el discurso del rey el 22 de noviembre de 1975 en las Cortes, quiso dejar claro que iba a ser rey de todos los españoles. Y aunque no lo comentara, también de los que estaban en el exilio. Gracias al gobierno de Suárez los exiliados gozaron de alguna ayuda económica. Este fue el caso de doña Lola que vivió desde 1978 con una pensión del Gobierno español, que le asignó un subsidio de viudez correspondiente al 40% del sueldo de un jefe del Estado, alrededor de dos millones de pesetas al año.

El gran gesto de Dolores de Rivas se produjo en 1978, cuando, una vez normalizadas las relaciones entre España y México, los Reyes, don Juan Carlos y doña Sofía viajaron a este país. Doña Lola acudió a la Embajada española para saludar a sus majestades. Emilio Cassinello contó así lo que sucedió:

En este periodo, 1978, tuvo lugar el encuentro de doña Lola Azaña con los Reyes de España. La carga, simbólica era grande. Y la iniciativa fue de doña Lola. Me llamó -a través de su sobrina Susana, compañera del legendario Colegio Madrid- para decirme, después de meditarlo largamente, que quería saludar a los Reyes. Recuerdo más o menos sus palabras: “Lo he pensado mucho. Sé que algunos no lo comprenderán y otros lo creerán prematuro, pero me he dicho: ¿qué haría mi marido como ex presidente de la República si viviera? Estoy segura de que habría ido a saludar al Rey democrático de todos los españoles. Él no puede hacerlo; yo lo haré en su lugar”. En su razonamiento había algo ya generalizado: la reconciliación necesaria. Pero había algo más: la actitud del rey Juan Carlos. Para algunas personas, esta entrevista era también prematura, pero desde otra perspectiva: aceptar el hecho histórico y simbólico de la República por parte de la monarquía. La cuestión quedó zanjada, sin plantearse polémicamente, cuando el Rey, al repasar el programa de la visita, de forma espontánea preguntó: ¿No es ya muy mayor doña Lola? ¿No debería ir yo a verla a su casa? Con estas dos sencillas preguntas la entrevista estaba asegurada. Y, en efecto, el encuentro -al que asistía yo como privilegiado introductor se produjo en uno de los salones recogidos de la Embajada. Y guardo aquella foto como uno de los recuerdos más preciados de mi carrera: un Rey juvenil y simpático, una Reina amable y acogedora y una Dolores Azaña emocionada hasta las lágrimas¹.

1 Emilio Cassiello, “Una gran dama”, *El País*, 10 mayo 1993.

Los Reyes departieron un largo rato con ella, haciendo un aparte con el resto de la colonia, y en un momento, don Juan Carlos, tras una amena conversación, le dijo que había leído los libros sobre el pensamiento de su marido. En su encuentro con el Rey, la viuda del último presidente de la Segunda República le comentó que, si su marido hubiera vivido hasta 1978, le hubiera gustado, como a cualquier español, ser testigo de la histórica reconciliación de un país que, tras una siniestra dictadura encabezada por el general Franco, hasta poco antes de esa fecha parecía irreconciliable.

En una carta de Dolores de Rivas Cherif a Enrique de Rivas, su sobrino, explicando el encuentro, explicó:

El rey y yo también fuimos en su día a México y pudimos saludar a la viuda de Azaña, María Dolores Rivas. Estuvo muy simpática, muy cordial con nosotros (Urbano, 1996: 291).

Este acto simbólico marcó un hito en el vínculo entre el exilio republicano y la España de la Transición.

En 1982, la Universidad Internacional Menéndez Pelayo le otorgó una medalla conmemorativa, reconociendo el mérito de la mujer exiliada. Este galardón fue recibido en su nombre por el embajador de España en México, Emilio Casinello.

Doña Lola nunca llegó a ver los archivos de su marido, encontrados en 1984 en unos calabozos policiales de Madrid y que fue difundido entonces por el ministro del Interior, José Barrionuevo, quien se puso en contacto con ella y le comentó el hallazgo. Sin embargo, ella nunca llegó a acceder a dichos documentos, aunque decidió que permanecieran bajo la custodia del Estado.

Jamás regresó a España, pero desde 1991 disponía de un pasaporte diplomático que le entregó el embajador de España en México en aquel tiempo, Alberto Aza, por su condición de viuda de jefe de Estado.

Doña Lola mantuvo contactos en México, aparte de los Reyes de España, con los presidentes Leopoldo Calvo Sotelo y Felipe González. Siempre que don Juan Carlos y doña Sofía han acudido a este país latinoamericano, Doña Lola recibía en su casa un ramo de flores con un cariñoso saludo de quien años después, alcanzada la democracia, ocupara la misma jefatura del Estado que en otra época representó su marido².

Su última residencia estuvo ubicada en la colonia Cuauhtémoc de la capi-

2 M. Martínez, "Méjico, el Rey abrazó a la viuda de Azaña", *Informaciones*, 21 de noviembre de 1978.

tal mexicana, donde vivió al cuidado de su sobrina Susana Rivas, hija de su hermano Cipriano. Su prolongada estancia en México dejó un testimonio de resiliencia y discreción, características que la convirtieron en una figura respetada dentro de la diáspora española.

Falleció a los 89 años en su hogar, víctima de un paro cardíaco. El fallecimiento de Dolores de Rivas Cherif ocurrió el viernes 30 de abril a las 14:00 horas (22:00 horas en la España peninsular) en su residencia de la Ciudad de México. En el momento de su muerte, se encontraba acompañada por Enrique, Carlos y Susana de Rivas Ibáñez, sus tres sobrinos, quienes habían asumido su cuidado en los últimos años debido a su delicado estado de salud, marcado por una hemiplejía que la mantenía físicamente impedida. Su muerte fue inicialmente mantenida en reserva por su familia, que organizó una ceremonia íntima a la que asistieron alrededor de cincuenta personas. Sus restos fueron sepultados en el panteón español de la Ciudad de México, junto a los de su hermano Cipriano.

El entierro se llevó a cabo en el panteón español de la capital mexicana con la asistencia de unas cincuenta personas, en su mayoría miembros de la comunidad española vinculados al exilio republicano en México. Este reducido acto reflejó la voluntad de preservar la intimidad familiar y honrar el carácter reservado que siempre definió a Dolores, conocida afectuosamente como “Doña Lola” entre la colonia española residente en México. En cumplimiento de su deseo expreso, falleció cristianamente, y antes del entierro se celebró una ceremonia religiosa de cuerpo presente, que marcó el respeto a sus convicciones espirituales.

La noche previa al entierro, durante la vela del cadáver en un tanatorio de la ciudad, la familia recibió las condolencias del embajador de España en México, Juan Pablo de la Iglesia, quien, tras ser informado inmediatamente del fallecimiento, acudió en representación del Rey y del presidente del Gobierno español para expresar su pesar.

El acto funerario, aunque sencillo y reservado, fue un testimonio de la huella imborrable que Dolores de Rivas Cherif dejó tanto en la diáspora republicana como en quienes compartieron su compromiso con los ideales de libertad y memoria histórica. Su vida en el exilio, marcada por la fortaleza y la dignidad, encontró en su despedida un eco de reconocimiento discreto pero profundo³.

3 Fernando Orgambides, “Dolores Rivas, viuda de Manuel Azaña, fallece en México a los 89 años”, *El País*, 2 de mayo de 1993.

XI

EPÍLOGO

Un discreto, pero fundamental, segundo plano

A lo largo de la historia, algunos personajes de relevancia han permanecido en un discreto segundo plano. Este es el caso de Lola Azaña, una mujer que, desde la sombra, encarnó los valores de la República y fue un pilar fundamental en la vida de Manuel Azaña, tanto en lo personal como en lo ideológico. Lejos de ser una figura sumisa, Lola sabía lo que quería. Admiraba profundamente a su esposo, y su vida –una simbiosis de ideales éticos, estéticos y políticos– consistió en preservar el pensamiento de Manuel Azaña, visibilizarlo y darlo a conocer.

Nacida en 1904 y fallecida en 1993, su vida estuvo marcada por el exilio y la pérdida de su esposo, quien murió fuera de su patria tras la derrota no solo de una guerra, sino también de un ideal que ambos compartieron profundamente. Lola enfrentó este dolor con discreción y firmeza.

Lola fue ejemplar en su solidaridad hacia los más desfavorecidos: durante la guerra, asistió a niños y heridos, y más tarde, en México, extendió su ayuda a los republicanos exiliados, víctimas del desarraigo. Su actitud siempre estuvo marcada por la reconciliación. Aunque el dolor fue una constante en su vida, nunca expresó odio ni rencor. En cambio, sus palabras siempre buscaron tender puentes entre los españoles divididos por la tragedia.

Profundamente afectada por la incomprensión y el rechazo que enfrentó su esposo, Lola asumió con fortaleza el peso de la pérdida y la desilusión. Su legado, más allá de su labor humanitaria y su apoyo incondicional, es el ejemplo de una vida dedicada a los ideales de justicia, solidaridad y reconciliación.

Azaña la describió como *mujer fuerte*. Y así fue. La sombra y el soporte: la mujer que un estadista necesitaba a su lado y que la historia hace justicia por su labor de cuidado y difusión de las obras de Azaña.

BIBLIOGRAFÍA

- Altet, A. (1996). *Manuel Azaña: pensamiento y acción*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ansó, Mariano (1976). Yo fui ministro de Negrín. Memorias ineludibles. Barcelona, Planeta.
- Azaña, Manuel (1968) *Obras completas. Memorias políticas y de guerra*. México, Oasis.
- Azaña, Manuel (1976-1981) *Memorias políticas y de guerra (I y II)*. Barcelona, Crítica.
- Azaña, Manuel (2016). *A la altura de las circunstancias: escritos sobre la Guerra Civil*. Selección, edición y prólogo de Isabelo Herreros. Coordinación de José Esteban. Madrid, Ediciones Reino de Cordelia.
- Azaña, Manuel (2021) *Mi rebelión en Barcelona*. Valencia, Calambur Editorial.
- Aguado, Emiliano (1986) *Don Manuel Azaña Díaz*. Madrid, Sarpe.
- Aub, Max (1998) *Diarios (1939-1972)*. Barcelona, Alba Editorial.
- Azaña, M., Rivas Cherif, C. de, y Rivas Ibáñez, E. de (1991) *Cartas, 1917-1935: (inéditas)*. Valencia, Pre-Textos.
- Baroja y Nessi, Carmen (1998) *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*. Prólogo, edición y notas de Amparo Hurtado. 1ª ed., Barcelona, Tusquets.
- Bernal, Julia (1992) *Ernestina de Champourcin: vida y obra*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid.
- Carabias, Josefina (1980) *Azaña: los que le llamábamos don Manuel*, 2ª ed. Barcelona, Plaza y Janés.
- Carabias, Josefina (1997) *Crónicas de la República. Del optimismo de 1931 a las vísperas de la tragedia de 1936*. Madrid, Ediciones Tema de Hoy.
- Cortés, Emilia (2020) *Zenobia Camprubí: la llama viva*, Madrid, Alianza Editorial.
- Champourcin, Ernestina de (1936) *La casa de enfrente*, Madrid, Signo.
- Champourcin, Ernestina de (1997) *La ardilla y la rosa (Juan Ramón en mi memoria)*. 2ª ed. ampl., Moguer, Fundación Juan Ramón Jiménez.
- Champourcin, E. de, Conde, C. y Fernández Urtasun, R. (ed.) (2007) *Epistolario (1927-1995)*, Madrid, Castalia.
- Domenchina, Juan José (1952) *Un entendimiento ejemplar. Don Manuel Azaña, escritor y político*. Universidad de La Habana, Cuba, publicación bimestral.

- Egido León, Ángeles (2006) “Republicanos en la memoria: Azaña y los suyos”. En: Á. Egido León, coord. *Republicanos en la memoria: Azaña y los suyos*. Madrid, Eneida, pp. 17-22.
- Egido León, Ángeles (2020) “80 Aniversario del exilio español de 1939” *Cuadernos Republicanos*, n.º 102 Invierno Número 100, 151-155
- Esteban, M. Dolores (2024) *Ernestina de Champourcin: una intelectual de vanguardia*, Pamplona, Eunsa.
- Fernández-Cormenzana, José (1994) *Cuaderno de la Prasle 1939-1940. Memorias semiapócrifas de Manuel Azaña*. Madrid, Comisión de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Alcalá de Henares.
- Fox Maura, Soledad (2008) *Constancia de la Mora: esplendor y sombra de una vida española del siglo XX*, Sevilla, Espuela de Plata.
- García Saldaña, José (1997) *Exilio, agonía y muerte de don Manuel Azaña y Díaz*. Alcalá de Henares, Hermanos García Merino.
- Gil-Albert, Juan (1975) *Memorabilia*, Barcelona, Tusquets.
- Juliá, Santos (2008) *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Madrid, Taurus.
- Marco, José María (2007) *Manuel Azaña: una biografía*, Madrid, LibrosLibres.
- Martínez Saura, Santos (1999) *Memorias del secretario de Azaña*, Barcelona, Planeta.
- Navarro, Julia (1999) “Doña Lola” en *Señora presidente*, 73-95. Barcelona, Plaza & Janés.
- Núñez Pérez, María Gloria (1996) “Sentimiento y razón: las mujeres en la vida de Azaña”, en Alted Vigil, A., Egido León, Á., y Mancebo Alonso, M.F. (coords.) *Manuel Azaña: Pensamiento y acción*. Madrid, Alianza Editorial, pp. 167-195.
- Peña González, José (1995) “Doña Lola”, *Revista de historia contemporánea*, 10, número: 28, 26-28.
- Preston, Paul (1998) “Las tres Españas del 36” en id. *Salvador de Madariaga. Un Quijote en la política*. Barcelona, Grijalbo Mondadori. 179-207.
- Rivas Cherif, Cipriano (1961) *Retrato de un desconocido: vida de Manuel Azaña*. México, Oasis.
- Rivas, Enrique (1991) “Azaña en Montauban. Del asilo político al confinamiento a perpetuidad”, *Historia* 16 (178).
- Sanahuja, M.E., Sanz, T. & Vargas, A. (1996) “Entrevista a Ernestina de Champourcin”, *Duoda: Revista d’estudis feministes*, 10, 139-167.
- Sanz Agüero, Marcos (1975) *Azaña, Manuel 1880-1940*. Madrid, Círculo de Amigos de la Historia.

- Sanz Hermida, Rosa (1991) *El silencio creador de Ernestina de Champourcin*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Oviedo.
- Segovia, R. & Serrano, F., 2024. *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia: la protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*. [PDF] Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Edición digital basada en la publicación original: México, D.F.: SEP-CONACYT, Secretaría de Relaciones Exteriores, El Colegio de México, 2000. Disponible en: Biblioteca Daniel Cosío Villegas - El Colegio de México.
- Seidman, Michael (2017), *Antifascismos 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico*, Madrid, Alianza Editorial.
- Urbano, Pilar (1996) *La Reina*, Barcelona, Plaza & Janés.
- Villar, Arturo del (2002) *La poesía de Ernestina de Champourcin estética, erótica y mística*, Madrid, El toro de barro.